

TOMAS PEREZ TENREIRO

Tema: Rasgos biográficos del General

Francisco de Paula Alcántara.

23 de julio de 1969

Señor Director,

Señoras, señores:

Vengo a esta noble casa, señores académicos, pleno de unción, de legítimo y mesurado orgullo, de ambiciosas esperanzas y no menos consciente de la gran responsabilidad que habéis puesto sobre mí. De unción, orgullo y esperanza y responsabilidad por ser ésta, baluarte de la esencia de la Patria misma, custodio de sus más preclaras glorias y taller infatigable de opimos trabajos. De responsabilidad, pues grave cosa es por cierto venir a ocupar un sillón que ha sido de tan ilustres ciudadanos...

Fue de don Eduardo Blanco el historiador-poeta que oyera a quien guió la contracarga inmortal de Las Queseras describir la batalla con la cual nacimos a la libertad definitiva... De Don Laureano Vallenilla Lanz historiador y sociólogo quien imaginó y sostuvo con honesta lealtad y con rara entereza sus concepciones sociológicas según las cuales Venezuela necesita de hombres que hagan ley y no tanto de leyes que no se cumplen... Y no pudo ocupar su sitio en él, un hombre de amplísima cultura y talento y quien quiso el bien para la República: el Doctor Esteban Gil Borges. Le sucede el Doctor Diego Carbonell con quien entran a nuestra historia ciertas escuelas de investigación de las que fuera pionero. Viene luego el Doctor Antonio Álamo extraordinario tipo de venezolano en el que se reunieron la seriedad de la historia y la gracia y la fluidez anecdótica.

Ante tamaña responsabilidad me dan fuerza y ánimo vuestra buena voluntad, el ejemplo de mis predecesores y la convicción de que puesto el sol la luz de las

lámparas de barro combate y rompe las tinieblas...Vengo pues a suceder a un venezolano de extraordinario criollismo, a un venezolano que me dio generosa amistad, a Don Ramón Díaz Sánchez, escritor de limpísima y castiza prosa, sagaz investigador y hombre a quien mediocridad y temores no ahogaran. Mediocridad y temores que fueran bagaje casi obligatorio para los hombres de su generación, a quienes les tocó vivir en una Venezuela domesticada y que andaba de rodillas.

En razón de la hostilidad y de la dureza de las tres primeras décadas del siglo, muy brillantes espíritus se quebraron porque carecieron de la tenacidad que salva al escritor y lo lleva a mejor defender su afán creador.

Vino Díaz Sánchez al escribir histórico desde el maravilloso tapiz de sus cuentos y novelas. Todos ellos enraizados a lo nuestro, extraídos de la vida venezolana y trayendo de ella angustias y dolores, contrastes... El oponerse de los distintos tipos raciales para venir a fundirse en nuestra perpetua venezolanidad. De todo lo que escribiera, su "Guzmán" basta para colocarlo al lado de nuestros más grandes escritores. Aquel Antonio José o Antonio Leocadio, que a los once años va a la escuela de los tambores y cultiva mejor los números cuando el ya Capitán Guzmán "hacía que sacara diariamente de una urna los nombres de los patriotas que debían ser degollados", no podía de ninguna manera suponer, que la tierra verdosa, de cocoteros y manglares, entrevista desde el merlon de una muralla, sería la tierra de sus éxitos y que de ella misma nacería quien en apretadas páginas y sin cumplir "Labor de acarreo" ("que constituye la voluptuosidad y el orgullo de muchos escritores"), le abriría el cráneo para mostrar a la posteridad su pensamiento, y de tal manera, que todo lo posible de publicar en el futuro aun con la ayuda de nuevos documentos no podrá cambiar lo substancial de su trabajo.

Cómo encanta la descripción de la ciudad, meta venidera del jovencito al que la previsión paterna ahorra "días tormentosos" retirándole del cuerpo de cadetes y enviándole a España: "¡Serena infancia capitalina! ¡Dulce paz aldeana que ya comienzan a inquietar los estremecimientos de la Revolución! A ratos la gran siesta es turbada por ásperas voces"...

Por ella quizás suspiraba en las Españas cuando "la noticia del triunfo de Carabobo debió ser para él ese acontecimiento crítico que rompe en el hombre las últimas vacilaciones". Y este hombre viene a Venezuela "cuando los ríos de América están aprendiendo un nuevo lenguaje"...

Y de cuán magistral manera describe Díaz Sánchez el encuentro de quienes representarán en Venezuela dos concepciones distintas y una misma ambición: ¡MANDAR!... Páez, "Su figura rechoncha, su cuello de toro y su cabeza leonina le son familiares". "Hay algo hermoso y grande en su voz, en sus maneras. Algo que sobrecoge y atrae"...

Y a la actividad política, la dobla con la búsqueda "de la intimidad con la clase dominante". No persigue el amor. "Busca una mujer" para derivar ventajas. Ramón Díaz Sánchez define las razones de la existencia femenina y el universo de una mujer en mediados del siglo XIX en dos líneas: razón, "la virtud". Universo: "Pequeño mundo de luces y sombras lleno de dolores y de miserias, donde suelen desfigurarse hasta la belleza y el amor".

De la "celosía", Díaz Sánchez lleva a Guzmán hacia la minúscula hoja comienzo minúsculo de una obra de Titán... Por de pronto pretende el desquiciar a Santander para ir en ello ocultando una labor de acercamiento hacia quien detenta el Poder... "La agresiva dialéctica y la decisión con que desde el principio ataca a Santander ganan a Guzmán el interés de numerosos lectores caraqueños"...

Y de pronto, la voltereta y las amargas experiencias... Y el relato de Díaz Sánchez enciende luces en rincones muy oscuros en los que chocaban apetitos de Peña, timideces de Soublotte y hasta los primeros errores de quien debe en poco tiempo y a duro coste, ir formando un bagaje de conocimientos prácticos, entre los cuales, primordial parte es el saber de los hombres y juzgarlos en sus realidades.

De un lugar de esta tierra, "donde es más penetrante el perfume de Eros", "de un solar espolvoreado de estrellas", Díaz Sánchez le saca del alma su motivación oculta, su única devoción: "la de la política" y podremos comprender que nunca la abandonará. Al emprender la historia de Guzmán nos hace la historia de nuestra política, "de la fuerza espiritual de su tiempo", que se completará cuando merced a

las circunstancias y en especial a lo negativo de ciertos factores particulares del carácter de Antonio Leocadio, crezca la personalidad del otro Guzmán, de aquel que trae Blanco en su apellido, y que logrará todo lo apenas atisbado y nunca entre las manos de su padre, todo el ¡Poder!

Si las frases, oraciones, con las que construye su escrito parecen vivas, llenas de voluntad y nos revelan la lucha del hombre en función creadora, ellas mismas, hechas de voces del presente, se encadenan en armonioso orden sobre el cual la vista cabalga suavemente y el intelecto se expande y saborea. Prosa que incita a lanzarse tras ella sin alientos pero que de inmediato comenzamos a leerla lentamente y con verdadera alegría, más crecida al voltear de las hojas... Y además, la verdad, en cada página, y aun desde el comienzo, cuando se nos advirtió no creer en vidas rectilíneas, la llevamos por compañera a través de los capítulos, gracias a lo hecho por el escritor: "tanto como decir lo que hicieron los Guzmanes, y cómo lo hicieron, he procurado indagar por qué lo hicieron"... Y quien se espantaba de las pesadas labores de acarreo, se vio metido en zanjas comparando estratos que así de difícil es escribir nuestra historia, amoroso de hallazgos, reñido con la fantasía, con la cual, por demás, nunca se enemistó, para darnos una creación donde se juntan hechos, cosas, gentes, pensamientos, lo económico... cual trabazón recia y a veces poco conocida de cincuenta años de nuestra vida histórica que el autor hace terminar cuando su héroe muere, "ya que la muerte es inevitable", con "no otra que la que tuvo", la deseada, "rodeado de público, glorificado, cubierto de flores y de cintas. Saludado por los himnos luctuosos de la política y por la prosa de los periódicos liberales". ..

Este libro es sin duda su obra mejor, pues la que debería aventajarla quedó trunca... Pero, ¿por qué olvidar esa no pequeña joya, y bella, llamada "El Caraqueño"?, homenaje de un venezolano muy completo a la Ciudad Capital y Madre, en la persona de quien hizo todo sacrificio por ella. Obra que desgraciadamente ha escapado casi a los caraqueños, muy distraídos en los diarios avatares de una ciudad con todos los dolores del crecimiento tropical.

Pregúntase el autor el porqué de su título. Para responderse y explicarnos en interpretación geopolítica la interdependencia de hombre y de medio: "El genio es

por definición individual y exclusivo", "su desarrollo, su trascendencia y sus proyecciones sociales dependen de la cultura y de otros factores colaterales que no siempre aparecen juntos para producir una acción coherente", de aquí la conclusión: Caracas es "elemento esencial del genio bolivariano".

Más adelante exalta nuestra primitiva pobreza, la falta de "prosperidad material y de los beneficios de la cultura" que dieron por respuesta los radicales y fieros que fueron los hijos de la Provincia de Caracas al lanzarse a la lucha, con lo cual, de paso advierte a quien tenga ojos y lea, lo nocivo de la riqueza mal administrada y la necesidad de que se desarrolle en los pueblos lo llamado por algunos "responsabilidad espacial", suerte de equilibrio entre el impulso responsable y potente del habitante y las riquezas de los territorios disponibles, pues no siempre los hombres están a la altura de la tierra que poseen... Los últimos Austrias, los Borbones, unos por degeneración otros por ceguera y ambos a dos por imponer una dura tributación a una colonia viva, gracias a fatigante labor agrícola, despiertan en la clase dirigente, que pronto verá en cada español un intruso y en casi todas las medidas disminución de su riqueza e influencias, la idea de mejor gobierno. "Caraqueños serán sus primeros gestores intelectuales". "Simón Bolívar" escribe Díaz Sánchez aparecerá como la síntesis encarnada de la tragedia. Su genio, fenómeno individual, se identificará con el genio colectivo de la ciudad y de la nación y le convierte en el caraqueño por excelencia".

Nos lleva luego a la Caracas colonial, entramos con él a la casa de los Bolívar, "amplia, ventilada, dividida en lo principal en dos salas... Un patio anterior con plantas de flores... tras el cual existe otro patizuelo en el que crecen granados"... Cuenta los bienes, la vida diaria, las travesuras, los primeros dolores, nos está haciendo la descripción más clara y completa de niñez y juventud de Simón Bolívar, para llevarnos en seguida a un "mundo en crisis" y presentarnos en Madrid al joven respirando el aire viciado que "respira Carlos IV, Godoy y sus cortesanos, pero el mismo que aún hace vivificante las hazañas del Cid y de Cervantes y los caprichos de Goya"... y enfrentado a lo que llama "Amor-revelación". "María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza para el imberbe Simón Bolívar" eso es, "una revelación" "casi religiosa". Que le permitió el realizar su matrimonio sin destruir

el amor ideal, pues en Bolívar se hacen verdad los postulados de Sprenger. Y a María Teresa verá con ojos que de ella nada encontrarán en las mujeres por venir. Pues María Teresa es mujer según Don Ramón "destinada a volar prematuramente al empíreo de su raza y de sus creencias". Bolívar sigue su sino hasta convertirse por el año de 11 en "la oveja negra del blanco rebaño de los Bolívar y los Palacios"... Pero la oveja negra a muy poco, va a revelar espíritu universal, ensancha los horizontes, lleva la libertad a todo el continente y al final de la vida del gran caraqueño, apunta Díaz Sánchez: "Ya aparecerán generaciones mejor conformadas filosóficamente que sepan desentrañar de las entrelineas de sus escritos y de las entrevoces de sus palabras la verdadera esencia de su doctrina".

En este "Caraqueño" de Don Ramón se nos presenta el bolivariano sincero, el venezolano que comprende y admira sin mezquindad y con amplio corazón la función ductora de aquella capital que diera el ejemplo, y el escritor de un libro que jamás envejecerá, en el cual, juntó al vuelo poético, madura reflexión, fe en el personaje y dominio de la historia.

Y qué riqueza, dotes de observación, análisis psicológico, conocimiento, manejo del arte que todo "lo socorre y perfecciona"... Y si a éstas de por sí estupendas cualidades, añadimos su hombría de bien, su recto sentido de patria y su bonhomía sin igual, se nos forma un hombre difícil de superar... Que su noble espíritu, al que no menguaron las prisiones, acoja mi saludo y se digne acompañarme...

DURO APRENDIZAJE

(1778-1811)

Permitidme ahora, Señoras y Señores, retroceder en el tiempo para repetir aquí algo ya contado por O'Leary en sus recuerdos: Sucedidas las funciones de armas de Las Queseras del Medio y la muy difícil de la Gamarra, Morillo decidió retirarse hacia Achaguas y reconcentrar en ella sus fuerzas. Bolívar en tanto, siguió por el borde del Arauca y el 8 de abril de 1819, según lo escrito por el antiguo Húsar Rojo, "pasó con la infantería y algunos escuadrones mal montados a la ribera izquierda, con el fin de recoger ganado de un hato a poca distancia del paso. El 9 al

apuntar el alba, Bolívar acompañado del General Páez y de su estado mayor, se adelantó como media legua a la infantería, cuando observó una nube de polvo que se levantaba a corta distancia".

Hasta aquí O'Leary; reconocida la causa del nubarrón, vino a caer en cuenta de que eran los realistas, en cuya peligrosa cercanía y precisamente de sus gruesos se habían aventurado los patriotas. El general español estaba acampado, para mala suerte de éstos, en el mismo hato que ellos buscaban. No nos extrañe mucho la casualidad, que en la época, y debido a la falta de medios de transmisión de informaciones y a la de colectarlos, la guerra de llanuras tenía mucho de imprevistos y sorpresas; moverse sobre aquellas llanuras era cual moverse sobre los mares, cada horizonte podía traer una partida enemiga y cualquier nubarrón enmascarar al ejército real.

Páez con unos 20 jinetes, de los mejor montados, aproximó más el reconocimiento y los españoles, procedieron de inmediato a contrareconocer, guiando la fracción Morillo en persona, quien luego de tirotear a la gente de Páez, resueltamente la cargó, sufrido lo cual, el general llanero se retiró procurando atraer a Morillo fuera de una mata de la que se servía para guardar su flanco derecho. Receloso el Pacificador y juzgando que aquello no podía ser cosa distinta a una fuerte guerrilla de las que tanto molestaban a sus cuerpos, no siguió a Páez y por ello perdió la oportunidad de ver a la cansada infantería patriota, la cual aislada y sin posibilidades de repliegue hubiese sido buena presa para las muy superiores fuerzas realistas apoyadas por una caballería descansada.

Bolívar aprovecha el momento para ordenar a Anzoátegui la retirada y cuenta O'Leary, "despachó" a un oficial a alistar las mismas embarcaciones que les habían servido la víspera. Como su temperamento impetuoso e impaciente no toleraba jamás la menor tardanza en la ejecución de sus órdenes, viendo que el Coronel Alcántara, pues era él quien acababa de recibirlas, en vez de partir al galope a darles cumplimiento, permanecía tranquilo con una cartera en la mano y haciendo como que apuntaba algo, le gritó montado en cólera: "¿No ha comprendido Ud. la comisión que le he dado?". "Sí mi General", contestó Alcántara que era grande observador, "pero permítame V. E. que anote la fecha en que vuestra fortuna ha

cambiado; desde hoy nos acompañará la prosperidad".

"Cualquiera que fuese el oráculo que le sugirió esta predicción", sigue en el escrito de O'Leary, "no se equivocó, pues es lo cierto que ella se cumplió: una serie continua de venturosos sucesos señalaron la carrera militar y política de Bolívar desde aquel día crítico".

¿Quién era este Coronel capaz de sacar ánimo para en momento tan cargado de dificultades, detenerse, aun con el riesgo de una reconvención del Jefe Supremo, el que en persona le ordenaba salir en busca de los medios para franquear el Arauca? Quién este oficial al que O'Leary llama "Grande observador" y le atribuye don profético, el cual por cierto no ha sido del completo gusto de los historiadores ya que algunos critican esta especie de intuición de Alcántara. Dicen que hombres como él, "atribuyen a las intervenciones misteriosas del destino los sinsabores que habían sellado con el timbre de la desgracia la obra militar del Libertador" y "sin parar mientes en el portentoso desarrollo del edificio que construía". El mismo historiador anota que este hecho, "revela el origen de aquellas frialdades que tenía que vencer Bolívar para atraerse a hombres" como dicho oficial. Y tal se lee en la obra de Rivas Vicuña "Las Guerras de Bolívar". Quien no parece haber buscado algo sobre la personalidad de este hombre. Fijémonos además, que O'Leary dice: "haciendo que anotaba", vale decir que esperaba la reconvención del Libertador o la provocaba, para responder con la frase que ha pasado a la historia: "Vuestra fortuna ha cambiado". Y también que escribe: "permanecía tranquilo", a pesar de la gravedad y premura del momento.

Este Coronel se llamaba Francisco de Paula Alcántara y había nacido en Caracas, de acuerdo a lo que dice su partida de bautizo.

En aquella ciudad clasista y que se dividía casi en sectores bien marcados por las respectivas influencias la familia Tovar y la no menos poderosa de los Rodríguez del Toro, su grupo familiar era de mediana posición económica, y ligábase a modestos empleos en la administración colonial. Disfrutaban de la amistad de los Marqueses del Toro, con quienes se suponían les ligaba un vaguísimo parentesco; reforzábese dicha amistad, según costumbres, con sacadas de pila y confirmaciones; medio que empleaban los grandes personajes y sus

familias para aumentar sus afectos; ejercer cierta ducción, a más de emplear la natural generosidad y llenar el tiempo, tan largo de transcurrir en la avileña ciudad.

Es sabido que hizo las primeras letras y más tarde recibió unas lecciones del sabio capuchino Andújar, junto con cierto niño, menor que él y quien era vástago de una de las ramas más ricas del árbol colonial.

De aquellas lecciones y de esta casualidad sacó, además de algunas luces, el valioso, digamos más bien privilegio que don, de la amistad de Simón Bolívar. Esta amistad entre el hijo de un humilde empleadillo y uno de los más encopetados descendientes de la llamada aristocracia mantuana, nos dice algo que casi siempre olvidamos: la soberbia, el desdén por las clases menos favorecidas que parecían consubstanciales a los aristócratas criollos lo eran muy menos a don Simón Bolívar, a quien algunos llegaron a reconvenir ciertas libres frecuentaciones, mal vistas por señoras y viejos gruñones para quienes la rutina y la pesada digestión escondían el aspecto mudante que iban tomando tiempos y personas.

Pretenderían hasta segregar al inquieto jovencito y aislarlo del medio, recomendando se le diesen profesores diferentes a los de la escuela que dirigía don Simón Rodríguez. Era, como lo fue, difícil separar a Bolívar de algo que estaba dentro de él mismo: su interés por los asuntos públicos y más que todo por lo que hacían y sentían los demás. Veta de la cual sacaría una de sus grandes cualidades, la de saber atraer porque era capaz de comprender

De aquellas discutidas compañías, quienes las criticaban, no podían en el instante imaginar, que más de una moriría al lado o por el criticado niño en circunstancias a veces nada envidiables.

Sobre la actitud de la aristocracia criolla y de los españoles no olvidemos que en el fondo ella era degeneración impuesta por el instinto de conservación. El egoísmo de clase, el cerrar filas en torno del propio grupo, nace del deseo de tener para sí y para los propios las posiciones y dineros alcanzados, aun cuando lo hayan sido con discutibles medios, pues será más fácil conservarlas y aumentarlas, cosa que sucede hasta en los regímenes igualitarios de la edad actual.

Y si nombramos a los venezolanos no debemos olvidar que los españoles, muchos de ellos de muy pequeña nobleza aumentaban su insignificante hidalguía y sus anchas pretensiones a medida de leguas marinas y naturalmente venían a chocar con quienes veían las suyas amenazadas.

Esa amistad entre Bolívar y Alcántara convertida luego por éste en veneración, hizo del futuro General el poseedor de una rara y a veces engorrosa prerrogativa. En efecto, al transcurrir el tiempo, fue de los muy pocos con quien el Libertador se tuteaba en asuntos que no correspondían al servicio. Cosa que está recogida en el anecdotario y de la cual Alcántara usaría con prudencia y con gran orgullo. De paso observamos que el trato personal del Libertador en razón de los sinsabores y penalidades, de su enfermedad, del inmenso poder y de haber perdido en la guerra o por alejamiento político a la mayoría de sus compañeros de infancia y juventud, se hizo difícil y contrastaba hasta hacer sonreír discretamente a sus afectos, con la seducción y dulzura que empleaba en sus relaciones con el bello sexo. O con personas muy suyas o de las que esperaba servicios importantes para la causa independiente.

Los jóvenes de aquella época tenían las preocupaciones básicas de todas las juventudes, en las que resalta el ansia de crecimiento que cuando se llega a la edad madura nos parece la menos deseable pues con ella se viene la vejez... Y nacidos también en tiempos de transformación y de discusiones, como los actuales, pugnaban con los mayores, y se concedían licencias en el vestir, a decir verdad muy limitadas, pues pesaban muchos siglos de severidad y la bonanza o relativa riqueza de los más pocos era todavía reciente. Y licencias en el pensamiento, pues toda la armazón de aquel edificio, construido a veces sobre cimientos en los que no se echó la comprensión de la humana realidad, se estremecía y amenazaba ruina.

Sus conversaciones serían seguramente una mezcla de consejas sobre aparecidos, el tirano Aguirre, viejas proezas de indios y conquistadores, buenos caballos de silla, cosas oídas sobre los reyes y los capitanes generales, y más cerca sobre fiestas, alguna corrida de cañas, la procesión del Viernes Santo, el bonito rezar de las niñas Aristiguieta y los comentarios sobre lo sucedido en Europa, en un país llamado Francia o sobre un señor llamado Washington. No faltaría algo sobre

los empleos que se niegan a los criollos o los problemas que tenían muchos por el color de la piel. Alguno más enterado se quejaría de las fastidiosas poesías que recitaban en la casa de los Ustáriz o de tantos latines.

Para esa juventud la llegada de los prisioneros franceses a La Guaira y luego la de Picornell, Cortés, etc., además de la insurrección de Coro, sería sabroso bocadillo.

Su extrema juventud, en el caso de quien hablamos, niñez, impedirían tuviesen conciencia bien clara de lo que estaba ocurriendo, cosa en la cual no se distanciaba de muchos adultos, pero, indudablemente, dentro del aparente sosiego de la muy aldeana ciudad comenzaba el descontento a tomar forma, a hervir los ánimos y del cuchichear quejas fue pronto el paso al abierto criticar y a la conspiración.

¿Por qué ese descontento? ¿Cuál su motivación y resultados? Fueron los conquistadores y sus hijos quienes formaron el espinazo de la Colonia. Tales sus méritos que los reyes, en general, legislaron a su favor, convirtiendo a quienes llegaran casi como desposeídos en ricos hombres, fundadores de linajes que aumentarían sus riquezas personales mediante sabias adquisiciones de terrenos, gracias a compras favorecidas por ser quienes detentaban los pocos dineros existentes, o a la generosidad real. Junto con el conquistador llegaron como es bien sabido las usanzas y leyes peninsulares. De todo lo aportado, revista singular importancia el Municipio. Célula primaria de la organización ciudadana, causal remoto de la independencia, y que gracias a las distancias y a lo impuesto por la diferencia del medio y circunstancias, nació con una robusta libertad, que le fue reconocida en los ordenamientos posteriores. En efecto, se dispuso que los vecinos pudiesen elegir sus propios regidores, siempre y cuando no se hubiere determinado otra cosa mediante capitulación. Se prohibió la designación de interinarios y las recomendaciones sobre la libertad de los cabildos, "en conformidad al uso y costumbres", sobre el respeto debido al voto, a la dignidad de sus miembros, fueron constantes en la correspondencia real y se tradujeron en honrosas disposiciones legales. Para temperar el ejercicio del poder confiado a Virreyes, Capitanes Generales, Gobernadores, existían las Audiencias, privilegiados tribunales de posible trato directo con Sus Majestades y que administraban justicia. Con

aquéllos, caso de extrema gravedad o urgencia, debía consultar dicha autoridad. Además si ésta llegaba a faltar (por muerte o ausencia definitiva, etc.), la Audiencia asumía el Poder. Disposición que en 1560, gracias a la "actividad, autoridad y talento" de Don Sancho Briceño, posiblemente uno de los más celosos ciudadanos que hayan tenido las nuevas tierras, fue acordada para que se ejerciese por los alcaldes ordinarios mientras el rey proveía la vacante.

Cierto que Venezuela dependía de una Audiencia lejana, pero la costumbre de enviar Oidores, personajes temibles por cuanto que aparte de ser en general seleccionados por su dignidad y capacidad tenían libertad absoluta de información y de visita, era freno conveniente para quienes reunían muchos poderes aumentados por el aislamiento. Además, la costumbre consagró la necesidad de enviar representantes (Procuradores) ante el rey o ante la Audiencia para exponer quejas y reclamaciones¹

En fin, el querer de los fundadores y de sus familias, reforzado por la armazón legal, convirtieron la tierra conquistada en algo propio, con capacidad de diferenciarse de las distantes Españas y donde a poco, gracias al natural deseo de aumentar su influencia sobre el destino de la Gobernación, de adquirir más prerrogativas, se fue acariciando la idea de formar un gobierno propio y mejor. A fortificar esta aspiración concurrían muy diversas circunstancias, el estado de casi abandono en que las guerras continentales habían dejado a una Colonia cuya producción vital era de exportación y que subrepticamente, debido a la ausencia de buques, se vieron obligados los productores a colocar en mercados y en barcos prohibidos. A través del comercio con los holandeses especialmente y con los ingleses, vendrían no sólo dineros sino contrastes peligrosos para el ordenamiento español. Las limitaciones que los reyes Borbones pusieron a las libertades públicas y finalmente el establecimiento de la Compañía Guipuzcoana, que si dio de rebote un extraordinario impulso material a la flamante Capitanía, hirió los intereses de los cultivadores, golpeó a los contrabandistas y a sus gobiernos, hizo más patente la oposición entre peninsulares y criollos, y trajo con ella misma la fuente de su ruina y de gravísimos males para el poder real: el dilatado monopolio.

¹ El Rey en 1786 hizo merced de audiencia propia a la Provincia de Caracas.

En cuyos provechos los habitantes hubieron la parte indirecta correspondiente a la bonanza que el incremento de cultivos y el nacimiento de pequeñas industrias causarían. Pero los gruesos beneficios y por ello envidiables, quedaban en los vizcaínos quienes pretendían continuar, inalterables, el giro de sus negocios sin atender indicaciones y hasta agüeros tempestuosos. Que no otra cosa serían el alzamiento de Panaquire y el mucho descontento de las clases sociales. La Corona resolvió finalmente, extinguir los privilegios de la Compañía en el año de 1781. Cuando ya el conjunto social había llevado definitivamente el descontento económico al plano político, en función de las nuevas ideas y del ejemplo aleccionador, dado por la oligarquía colonial norteamericana.

Si al descontento de la clase privilegiada por sus riquezas, se añade el fermento que esas mismas ideas llevarán a las mentes de los blancos menos acomodados y de los llamados pardos, entre los que se encontraban muchos hombres de talento e instrucción que sufrían la postergación impuesta por un ordenamiento a todas luces ya inadecuado y que veían negado su derecho a la oportunidad de alcanzar mejor destino que constituye el único incentivo de quien se siente ciudadano libre, ajeno al halago del gobernante quien *azuzaba* odios raciales para mejor mandar, como más recientemente se hiciera, olvidando que los huesos de negros y blancos e indios venezolanos se tostaron juntos bajo todos los soles de América, para darnos mejores esperanzas. Y luego la circulación de libros y folletos contentivos, llenos, de esas mismas tendencias e ideas que caracterizaban la época, entre los cuales el más importante era, el famoso "DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO", que entraban con relativa facilidad para difundirse entre ansiosos lectores que veían en ellos la confirmación de su personal modo de pensamiento, no podemos menos de pensar en que la inquietud ambiental trascendiese del hogar a la escuela y llegase a los grupos estudiantiles.

Además, ya se iban haciendo odiosas y hasta ridículas algunas prerrogativas, entre ellas las suntuarias reservadas al blanco y que blancos de piel muy oscura se verían discutir. Cansaba la desigualdad social y pesaba la económica, y las llamadas "gracias al sacar", criticadas por los tradicionalistas, cambiaban muy poco o nada la situación. El Maestro de aquellas juventudes, Simón Rodríguez, se

había batido por reformar la enseñanza, por afirmar la libertad del pensamiento, siempre "dentro de la más pura ortodoxia". Más tarde describiría lo cálido del ambiente con estas palabras: "Las ideas revolucionarias se desenvolvían allí con prodigiosa rapidez; las aspiraciones de independencia, aunque sofocadas por la vigilancia española, sobrenadaban y se hacían visibles por encima de todo el horizonte social. La suspicacia del Gobierno engendraba el disimulo de los patriotas, y la tiranía subsiguiente de aquél, produjo al fin la reacción revolucionaria. Yo era Presidente de una junta secreta de conspiradores. Denunciados por un traidor y hechos blancos de las iras del Capitán General, logré sustraerme a las persecuciones y a la muerte, por una rápida evasión; y te digo a la muerte, hijo, porque ya embarcado en el Puerto de La Guaira en un buque norteamericano y antes de darnos a la vela supe que muchos de mis compañeros habían sido pasados por las armas sin juicio y sin capilla".

Habíase enredado don Simón Rodríguez y en alto puesto según propio calificativo, en la conspiración urdida por Don José María España y Don Manuel Gual, acicateados por aquellos presos Picornell y Cortés. Eran éstos miembros del grupo que preparara la llamada conspiración de San Blas que no otra cosa se proponía distinta a dar a España gobierno republicano, similar al de la revolucionaria Francia. Descubiertos, salvaron la vida gracias a la intervención del representante francés y a la debilidad del gobierno que los envió desterrados a la América. Su motivación es más fácil de entender si recordamos el ansia igualitaria del alma española, las viejas luchas en defensa de fueros individuales y el resentimiento de la nobleza al disminuirse sus prerrogativas así como el latente separatismo y el contagio de las ideas francesas. Entre febrero y mayo de 1797 llegaron a La Guaira, y su presencia añadida al hecho de haberseles permitido la posibilidad de trato con los vecinos, favorecieron el desarrollo del plan conspirativo en el que los reos españoles y otros peninsulares veían la continuación de su esfuerzo en España y los criollos el acceso a la Independencia Americana. Pero antes de que estallara, se evaden Picornell y Cortés, posiblemente inseguros del éxito y en la creencia de que mejores resultados lograrían convirtiéndose en propagandistas de aquellos pensamientos como luego lo hicieron.

En tanto, el 13 de julio de 1797 se descubre la conspiración en la cual "casi toda La Guaira entró en la Revolución, principalmente los comerciantes españoles, los tres ingenieros de la plaza, todo el cuerpo de artillería en ella, y ni el cura párroco vicario foráneo eclesiástico en aquella jurisdicción se libertó de tal terrible avenida. Penetró en esta capital en que también cayeron algunos comerciantes españoles, algunos del Colegio de Abogados, uno que otro clérigo, bastantes oficiales del Batallón Veterano..." (Level de Goda. Memorias). De las declaraciones de los detenidos debe resaltarse el hecho de que los conjurados negaban al Rey de España el derecho a gobernar la América "usurpada a los indios sus antiguos dueños"; se combatía la esclavitud y la división en clases; daban gran énfasis a la necesidad del libre comercio y a la menor tributación. La confusión de las autoridades aumentó y se temieron grandes males cuando de las "actuaciones en Caracas iban resultando reos y más reos, en términos de no saberse en quién confiar"... (Level de Goda, id.).

Finalmente, la suerte de los conjurados vino a decidirse con la llegada a Caracas de Don Manuel Guevara Vasconcelos nuevo Gobernador y Capitán General quien pudo apresar a Don José María España y aceleró el proceso, terminado con las condenas de todos conocidas. España entró en capilla y en la mañana del 8 de mayo de 1799, con el odioso e infamante ceremonial que se estilaba, a través de una pequeña multitud afligida, en el silencio de la ciudad sobrecogida de temor y contenidas rabias, hecho más grave por el fúnebre sonar de las campanas, arrastrado a la cola de una bestia de albarda, fue, entre frailes que medio lo cubrían y otros quienes le acompañaban en su último trayecto, aquel hombre de cuarenta años que iba a morir por haber soñado "una felicidad temporal sin riesgo de la eterna", mas, prescindiendo del rey y de sus funcionarios.

Allí, a esa plaza, donde hoy cabalga inmóvil el caraqueño más ilustre, fueron llevados los escolares y muchos niños; seguramente Don Simón Bolívar no soñó, mientras se balanceaba su barco, que aquella sangre caída del cuerpo destrozado del Prócer al que visitara en su primera prisión, sería, con el tiempo, mixto importantísimo que afianzaría el propio pedestal. Pero la lección tremenda no tendría el efecto buscado ni los comentarios propicios a la Autoridad. El joven

Alcántara lo expresó en voz suficientemente clara y alta para que se guardase: "ESPAÑA MORIRÁ PERO NO TODOS LOS AMERICANOS". Si reunimos el hecho tremendo, el sitio y la edad de quien pronunciara tal frase, diecisiete años, encontramos que las causas de descontento y conspiración no podían ya erradicarse con un patíbulo, sino legislando sabia, prudentemente. Dicho estado de cosas fue expresado así por el famoso José Domingo Díaz: "... La juventud de Caracas estaba ya corrompida, y muy distante de extinguirse ideas, principios y aspiraciones sólo comprimidos con el temor de la pena..." Pero, los tiempos no eran propicios al uso reposado de los arbitrios legales. La guerra en Europa, Gobernantes incapaces y cegatos, validos roídos por la ambición material y la soberbia. Y a poco la voluntad de un hombre quien se hizo arbitro de coronas y países, dieron al traste con las últimas posibilidades de entendimiento. Aflojéronse los lazos que nos unían a la madre España, caldeáronse los espíritus e hiciéronse muy buidos los pequeños odios.

Entra el nuevo siglo con una quiebra general de los valores hasta el momento establecidos. España había ayudado a las colonias inglesas a libertarse desconociendo el impulso que este ejemplo daría a lo ambicionado en las propias. Perdió con grande honra sus pocos barcos. Su rey abdica para complacer a un advenedizo genial y hasta se complace en las prisiones de su hijo, al que, a pesar de las dudas, todos creen muy digno heredero de las capacidades de mal gobierno y enredos paternos. Luego España ve en el trono de Fernando e Isabel, a José Bonaparte, quien dicho sea de paso, salvo el no ser español, parece reunía mejores cualidades reales que Fernando. España se alía con quien antes le hundiera los barcos y por último, es la generosa sangre de porquerizos hidalgüelos, la misma que había llevado nuevos dominios al César Carlos Quinto y más almas a los cielos, la que insurge contra el invasor. Todos aquellos desórdenes y contradicciones, la misma voluntad de no someterse al extranjero, que era vieja en Caracas cual lo prueba el alzamiento antifrancés de 1808, y sobre aquello recordamos aquí a una mujer singular que se llamó Doña Paula de Ponte quien muchísimos años antes, perseguida por jueces eclesiásticos lanzó a uno de los clérigos el siguiente reproche: "ELLOS SON EXTRAÑOS PERO TU HAS NACIDO

AQUÍ",² vale decir que ya se estaba haciendo conciencia de que "PRIMERO ES EL SUELO MATERNO QUE NADA", que la tierra natal es denominador común, fuesen cuales las circunstancias... Todo ello vendría a repercutir en nuestro cerros y a extenderse por llanos y riberas.

De 1800 a 1809, dos son los hechos a señalarse en la vida del joven caraqueño, amén de su participación posible entre quienes gritaban: "Muera Napoleón con todos los franceses" y en el acto de alzar el pendón real por otro de sus compañeros de escuela. En aquellos difíciles años logra la amistad de un estudiante merideño quien más tarde sería su Jefe. Venido a la capital para cursar estudios de derecho, el año de 1801 y que coronara en 1806, Luis María Rivas Dávila quien más tarde sería de los temibles miembros de la Sociedad Patriótica y Diputado por Mérida, de una decisión e influencia como para que sus méritos fuesen premiados con el grado de Coronel de Milicias por la Junta Suprema, él, gracias a sus cualidades de buen soldado, de buen y valeroso Jefe, supo inspirar en el alma de sus tropas a más de una firme voluntad de combatir, afecto y admiración hacia su persona, sin pagar por esto moneda distinta a su corajinoso ejemplo. Y por cierto que Venezuela tan pródiga en la alabanza aun para con pequeños valores distantes de la fibra criolla, ha olvidado, en especial su juventud (a ella no le enseñaron...), la figura extraordinaria de este hombre en el cual muy bien se resumen las virtudes básicas de los constructores patrios: valor, generosidad, talento, instrucción. De esa amistad Alcántara haría culto y legaría a sus hijos la admiración por el merideño, militar completo y mejor ciudadano.

El otro fue su adhesión absoluta a la causa que Bolívar predicaba y comenzaba a dirigir. En efecto, mejor informado que otros muy influyentes personajes, por haber visto de cerca las transformaciones que ocurrían en Europa y por creer firmemente ser el momento más propicio para decidir la separación definitiva (aparte de que los mismos sucesos ocasionaron movimientos en la opinión y que los muy calmados señores caraqueños comenzasen a reunirse con la idea de estructurar una Junta de Gobierno), Bolívar consagró todos sus esfuerzos ya comprometidos, en aunar las voluntades en favor de la constitución de la Junta,

² Textual en las declaraciones

pero disentían en el alcance de sus ambiciones. Bolívar a quien apoyaban especialmente su tío José Félix Ribas y don Pedro Palacios trataba de convencer a aquellas mentalidades más timoratas o prudentes o simplemente negativas y las discusiones llegaron a veces a ser tan violentas como para que se liase a puñetazos con Don Juan Jurado. Tantos retardos favorecieron a la monarquía, pues conocida la noticia del desastre francés en Bailen, el Gobierno que hasta el momento había sido complaciente o se hiciera el de la vista gorda, reaccionó rechazando la solicitud que finalmente le presentaran y procediendo a detener e interrogar a los más importantes. Salvóse Bolívar por no haber firmado el documento, el cual no correspondía a su pensamiento, aparte de que el Capitán General Emparan quien le tenía estima por conocerlo gracias a presentación de Fernando Toro, le guardó alguna consideración.

La cuadra Bolívar, hoy tan felizmente restaurada, pero tan poco abierta al público, había sido so pretexto de francachelas, es cierto que hubo algún convite a escote, el lugar escogido para urdir aquellos planes que conllevaban la idea generosa del igualitarismo, acordada por quienes todo lo tenían, y la de gobierno propio distinto al del monarca español.

Debido a las medidas del Capitán General, Bolívar salió de Caracas y sus parciales quedaron sin Jefe. Aparentemente desquiciados. Dentro de un pueblo al que se le habían dicho las peores infamias y que creía, según la propaganda por las autoridades, que los manejos de quienes propiciaban la Junta, escondían nuevas medidas contra las clases y contra las pocas libertades tan duramente alcanzadas. Además, Emparan desde su llegada a Caracas, empleó todos los medios para atraerse a los caraqueños, "principalmente a los que habían sido encausados". Pero toda la apariencia, con aquellos contradictorios hechos de la suscripción contra Miranda y de aceptar el bonapartismo declarado del Capitán General sin protesta abierta, era más que engañosa, era un recoger fuerzas y arbitrar recursos para acicateados por los excesos cometidos por el mismo Emparan y por otros empleados, que tenían sus nombramientos de la voluntad de éste, derribarlos definitivamente. En efecto, a nosotros, si no vamos al fondo de las cosas, nos aparece el pronunciamiento del 19 de abril como muy distante de otros anteriores,

olvidamos que a pesar de la vigilancia, las reuniones continuaron, si bien en otro tono y alternando las casas en las que se efectuaban, pero uno de los puntos principales de reunión la constituía La Casa de la Misericordia, cuartel importantísimo mandado por los Toro y que viene a probar de viejo la mala costumbre venezolana de hilvanar política en los edificios destinados a los ejercicios castrenses. Pero la delación, el redoble de la vigilancia de Emparan quien había colocado un espía dentro de los tenaces conspiradores, hicieron posponer un proyecto de alzamiento que se preveía para fines de 1809 y cuya jefatura no quisieron confiar al joven Simón Bolívar, precisamente por joven.

Más tarde, con las mismas tropas de la Misericordia se quiso apresarse al Gobierno, pero ya el espionaje estaba dentro de los mismos comprometidos y fracasó por delación. En estos alborotos y conspiraciones, los servicios de Alcántara, por su edad y posición modesta, no fueron de primera fila, pero sí abnegados, oportunos y eficaces. Muchos próceres del 19 de abril los recordaban, y él mismo escribiría con cierta fuerza altanera que "viene sirviendo a la República desde mucho antes del 19 de abril".

La suerte de las armas llevó a los franceses frente a Cádiz en 1810 y los espíritus que aparentaban calma y la situación que se comenzaba a creer controlada, estallaron y en un instante se hizo gravísima para luego resolverse por completo en favor de los mantuanos que por ella trabajaban sin pensar que a raíz de aquellos sucesos perderían posiciones, fortuna y hasta la propia vida. En forma hoy muy difícil de entrever y hasta de juzgar, habían aprovechado el tiempo preparando un complejo plan para hacerse con el Gobierno de la Capitanía, con lo cual quebróse no sólo un sistema de mando sino una concepción de la forma de vivir.

El 18 de abril de 1810, Alcántara va a reunirse con otros jóvenes y hombres maduros quienes formaron, acuartelándose en la Casa de Misericordia, una tropa voluntaria, a espaldas del Capitán General y que llamaron Campo Volante. Ese mismo anochecer comenzaron sus servicios más conocidos para con la Venezuela que iba a nacer y que se interrumpirían cuando las fatigas de muchas campañas quebraran su resistencia física, un poco más de treinta y cinco años luego. Allí se habían reunido entre otros tantos nombres ilustres, Juan Vicente Bolívar, los

Montilla, José Leandro Palacios, Marcos Vetancourt, Paz Castillo, etc. La comisión más importante desempeñada por Alcántara fue la de convocar, para la reunión que iban a efectuar en las primeras horas del amanecer del 19 de abril, a José Félix Ribas y a Juan Domingo Fernández. Esta orden parece le fue dada por Don Manuel Díaz Casado.

El 19 de abril, en la confusión inicial, por cierto muy bien dirigida, tanto como para hacer admirable aquel conjunto de hombres de resolución inaudita y hasta con talentos de improvisación genial, como para hallar inmediato remedio a situaciones diferentes de las lógicamente posibles, acompañó al Padre Blanco hasta la iglesia de la Merced a buscar al Canónigo Madariaga, quien ya estaba en el altozano de la iglesia, listo para bajar por lo que pronto será amplio boulevard y que era calle estrecha, vigilada por un cuartel, bendecida por la vieja ermita, siendo lo más notable de toda ella la Casa que edificaran los guipuzcoanos y que era Casa de la Real Tesorería. Alcántara respondía por la persona del Canónigo, pues Blanco que tenía su papel bien orquestado, debió adelantarse, confiándolo en el pequeño trayecto a la custodia discreta de Alcántara. Cumplido su cometido, púsose a las órdenes de Miguel Ustáriz quien comandaba tropas en la Plaza de Armas y quien desde el primer momento manifestara no obedecería otras órdenes que las emanadas de la Junta Conservadora. Como veremos más adelante, tan buenos fueron los servicios de Alcántara este día, "en el que me expuse a ser la primera víctima" según escribiría, que la primera distinción acordada por la Junta o sea el escudo "Heroico Patriotismo" le fue acordada el mismo día y según representará al Congreso, a él le tocó ser el primer venezolano a quien se le concediese.³

Abandona toda actividad para consagrarse, como soldado en el Escuadrón Montado de Guardias Nacionales, al servicio, servicio cada día más exigente, por empezar a despertarse los enemigos de la idea independentista y exigir bien pronto el empleo de las armas. Por cierto que éstas fueron o mejor dicho los oficiales de las tropas y éstas, las que según lo escrito en la relación del Capitán General, Mariscal de Campo Vicente de Emparan, "consolidaron la insurrección, sin que hubiese uno solo que se hubiese atrevido a oponerse a ello... Los mantuanos que

³ En sus *Biografías de Hombre Notables*, Azpúrua anota que esta distinción fue concedida por el Constituyente de 1811.

son la clase primera en la distinción estaban poseídos del espíritu de rebelión, dos veces intentada y desvanecida, y es de la misma, de sus partes y deudos la oficialidad del cuerpo veterano y de las milicias...".

Los primeros ascensos y recompensas del nuevo Gobierno tuvieron un muy especial significado: se concedieron casi todos a personas que provenían de las clases aristocráticas, desvirtuándose así en parte, uno de los objetivos del movimiento. Pero, el ascenso que más celos y críticas provocó y que parece inexplicable si se toma en cuenta quién lo firmó, fue el del anciano Conde de Tovar. "El 10 de enero de 1811, don Martín Tovar Ponte, Presidente de la Junta Suprema, asciende a su padre, Don Martín de Tovar, Conde de Tovar, Coronel de Milicias Regladas, al grado de Mariscal de Campo de Reales Ejércitos, con la antigüedad de 12 de mayo de 1810".

Anota Don Ángel Grisanti, que "aquí se cometieron dos infracciones, de índole moral la una, y de reglamentación castrense la otra: el favoritismo del hijo hacia el padre, siempre odioso; y la violación de las Ordenanzas militares, al ascender de un salto, que es en realidad un asalto, a un Coronel de Milicias a Mariscal de Campo, o sea General de División". El mismo autor reconoce los méritos eminentes del viejo Conde. Aparte de ello debemos decir que dadas las cualidades del hijo y las costumbres de la época, en la que tal tipo de promociones no era extraño y luego el que la familia Tovar pagase con la sangre de unos catorce de sus miembros su amor patrio, que este abuso, si lo fue, quedó bien cancelado.

No tendría Alcántara su primer grado en la jerarquía militar de manera tan cómoda, llegadas las primeras revueltas, va con el carácter de simple voluntario a las órdenes de Don Carlos de la Plaza, quien como Teniente Coronel fue enviado a una comisión de índole discreta cerca de Coro.

CON LAS BANDERAS DE LA REPÚBLICA (1811-1821)

Para responder a las insolentes proclamas y hechos ordenados por Don José Ceballos quien pretendía imponer a los pueblos la autoridad real, incitándolos al desconocimiento de la Junta, se enviaron tropas, con lo que se inició efectivamente la lucha para hacer libres las tierras antes de la Capitanía. Curiosa campaña por cierto, pues luego de permanecer casi inerte en Carora el General Marqués del Toro

llegó el día 1º de noviembre a Siquisique de donde destacó tropas a observar al enemigo en dirección de Algodones y Aguanegra convenientemente apoyadas por "un destacamento de pardos". La primera acción fue combatida por el Capitán don Adrián Blanco quien ocupó Cururupare" por un golpe de sorpresa contra la partida de corianos que la guarnecía, adquiriendo la ventaja de haber hecho 20 prisioneros, entre ellos algunos paisanos, SIN OTRA DESGRACIA QUE LA DE HABER HERIDO A UN SOLDADO ENEMIGO DE UN BALAZO" (Parte del 7 de noviembre desde el Cuartel General de Pozo Verde. 1810). Continúa luego diciendo: "Firmemente persuadido de que importa no perder tiempo en invadir la ciudad de Coro, he apurado todos los arbitrios y recursos a fin de que mi entrada en ella sea el día 15 del corriente", etc. Extraño Comandante de operaciones se había dado el Gobierno, por lo menos tal lo parece de acuerdo a sus comunicaciones. Que son una mezcla de disposiciones bastante sensatas, de recuento de combates todos favorable a sus armas, menos los más importantes cual el ataque de San Luis el día 13 fracasado porque "las tropas de la derecha destinadas al ataque de San Luis" no pudieron "sorprender este punto como lo intentaron el día señalado por mis instrucciones, porque en el acto de emprender la acción, recibieron aviso de haber salido de Pecaya, punto fortificado que tenían a su espalda, un grueso destacamento de los enemigos, que por una combinación con los de San Luis iban a atacarlos por la retaguardia y se vieron obligados a retroceder para esperarlos en el sitio que ocupaban con su campo para batirlos: con cuya noticia quedó trastornado el plan de mis combinaciones, que debían ser ejecutadas a un mismo tiempo en los dos puntos que debían ser atacados", en total el Señor Marqués hubo de ordenar la retirada de aquellas tropas, mas, en el desagrado hubo la consolación al recibir noticias de que las tropas de su izquierda habían derrotado al Gobernador Miyares quien con 700 hombres buscaba alejarse por unos canjilones. "El tiroteo fue continuado y sostenido por la artillería durante dos horas". Luego de entrar con su Estado Mayor en Aribanache, informa: "El punto de reunión de todas las fuerzas de los corianos, por lo que se advierte, es Coro, adonde también se refugian según las órdenes que tienen, los vecinos de todas las poblaciones que van ocupando mis tropas", "con reflexión a estos

antecedentes, combiné el plan de mis sucesivas operaciones y sólo espero acaben de llegar los cañones, cuya conducción, por lo intransitable y peligroso de los caminos, se ha hecho con la mayor dificultad, en hombros de peones, para emprender mi marcha a Coro; seguro de que aunque cueste alguna sangre se ha de rendir al valor de nuestras tropas". Finalmente pide que las fuerzas enviadas a Trujillo se le reúnan. Y firma en el Pedregal el 19 de noviembre de 1810. Notemos en los partes el empeño que pone o mejor el énfasis con que hace notar a cada instante que ha formulado "el plan de mis sucesivas operaciones", a pesar de que uno de sus planeamientos, el de una sorpresa, resulta sorpresa para sus propios efectivos, a pesar de que las acciones de vanguardia, dirigidas al arbitrio de aquel comandante, le son favorables; continúa impertérrito marchando con el grueso, olvidando que en campañas como la que dirige, el Jefe debe ser todo diligencia, voluntad. Aquello de la desgracia de herir a un soldado enemigo, que también así puede leerse o interpretarse lo escrito, parece revelar cierto desgano, cierta falta de aquella avidez de combate que los antiguos anotaban cual característica eficazísima y esencial del y para el Jefe de operaciones punitivas y de penetración. Más tarde informará que se ha marchado sobre Coro sin saber lo que en ella se encontraría; pero también había informado que los partidarios del rey tenían órdenes de replegarse a la ciudad, orden que había visto hacían cumplir con inaudita crueldad hasta el extremo de hacer descender en la Sierra a las mujeres de los caseríos. Vale decir que era de pensar en una ciudad preparada para combatir con voluntad y reforzada ésta con obras de castrametación ligera y con alguna artillería, de la que tenía noticia, pues él hacía marchar la suya a brazo. Ciertamente, al Marqués le faltará el apoyo marítimo, pero en momentos tan conflictivos y cambiantes no era prudente poner toda la esperanza en aquel apoyo. El que los barcos se pasaran, cabía en lo posible debido a la abundancia en ellos de españoles realistas. Una simple meditación como las que él acostumbraba, hubiera aclarado el problema del número, la guarnición de Coro más los voluntarios y reclutas pro-realistas podrían sumar más efectivos que el sufrido ejército confiado a sus manos. Y tal pasó, llegados frente a Coro lo encontraron "con foso y estacada", fortificado con bien dispuestos cañones y guarnecido con caballería e infantería, a las que logra, según

el parte oficial, "hacer retroceder por dos veces" no obstante la superioridad de sus efectivos. Los patriotas tendrían en esta función unos 23 muertos y más de treinta heridos. Con un enemigo no dispuesto a rendirse y sí a derramar la sangre de quienes lo atacaban, sin el socorro de los barcos y con la amenaza de unas tropas corianas que se mantuvieron sin empeñarse, fuera del recinto fortificado, y urgido por la noticia gravísima según la cual Miyares con sus fuerzas reconstituidas y socorridas por refuerzos de Maracaibo lo amenazaba por la espalda, se vio obligado el General a ordenar la retirada "a las primeras sombras de la noche", en cuadro, a la vieja usanza, "resuelto a defenderme hasta sacrificar el último de mis soldados". La enumeración de las causales de su decisión es verdaderamente alucinante: "Viéndonos cortados por ser imposible conservar libre la comunicación de cincuenta leguas del país enemigo, escaso de víveres, distante la agua, superiores en número los enemigos, mucho más ventajosa su artillería, y sobre todo indicios casi indubitables de estar auxiliado de tropas extranjeras", etc. Perseguido con mayor viveza que la empleada en su intentona, constantemente "picada su retaguardia", rehizo camino el Marqués; no le faltaron ni flechas de indios fernandistas ni ataques sobre su vanguardia, pero con gran suerte fue pasando sin experimentar mayores pérdidas hasta llegar a la "frontera", al pueblo del Paso de Siquisique desde donde el 8 de diciembre de 1810, escribe el parte, del cual hemos leído párrafos, pero en el que existe uno con el que pretende excusarse, pero que sólo sirve para menos comprender su sistema de combatir y meditar: "Como, según todas las noticias que había adquirido, estaba persuadido de que la artillería de los enemigos era de inferior calibre, y que para su defensa no podían contar con una guarnición numerosa, ni otros recursos capaces de resistir el ataque de nuestras tropas, conduje solamente víveres para treinta días, empleando para esto un número de bajas considerable, al paso que embarazoso para el ejército: pero, etc., etc., me hallé en el más arduo y delicado caso en que hasta ahora se ha visto ningún general. "De este tropel de peligros sólo podía salvarnos una prudente resolución dictada por la serenidad y el valor". Curioso en verdad, quien demostrara cierto desgano en el avance, quien tenía información de prisioneros y habitantes, no suponía las posibles medidas del comando adversario ni sus fuerzas y armamento.

Lo sorprenden los aprestos y fuerza española ya sobre el foso y la estacada de Coro, de donde desengancha sin perder sus tropas gracias al mismo enemigo que sólo se da cuenta de su retirada casi al claro nuevo día. El enemigo lo persigue, pero no en fuerzas para darle combate. Se ve que por razones que desconocemos no se encontró capaz de cortarle y obligarlo a batirse. La orden de retirada, ciertamente es de aquellas que implica una gran serenidad y valor o escasas facultades de mando. En este caso, el Marqués se rescató con su sangre fría y hábiles medidas que permitieron marchar burlando la amenaza de Miyares hasta colocarse fuera del alcance de lo que se podía considerar grueso enemigo y cerca sí, de algún auxilio proveniente del Centro. Corta campaña que trajo el desaliento a una parte de la opinión pública, que no fue comprendida por quienes la hicieron y que costó más de ciento cincuenta muertos en el total de las operaciones. Estaba el Marqués a sus primeras armas y las tropas bisoñas. Más, el enemigo lo era igualmente. 4.000 soldados formaron el primer Ejército que Venezuela levantara, pero sin casi ninguna instrucción militar marcharon 150 leguas al mando de un Jefe que creía encontrar un despreciable enemigo. La excesiva confianza, su poco valor de comando, sumados a la ya citada inexperiencia de las tropas hacían del ejército un instrumento nada temible. Bastó la resistencia de la ciudad y el amago en más fuerzas de Miyares para que el Ejército se viese obligado a retirarse y como dice un historiador: "regresar maltrecho a Caracas". Al respecto de esta corta y desgraciada campaña, vale la pena oír al Regente Heredia: "El 29, (de noviembre) después de una farsa que llamaron ataque, y que fue realmente no querer atacar al ejército contrario por el horror que inspiraba en los ánimos aquel primer acto de guerra civil, se retiró el Marqués en el mayor desorden, perdiendo hasta sus baúles". Es seguro que en su derrota el General del Toro perdió el famoso tinajero que tantos comentarios y risas ocasionara entre tropas y oficialidad. Debe de tomarse en cuenta que los independientes perdieron alguna gente, entre ellos Oficiales, a quienes en Maracaibo alguien propuso escarmentar cual ejemplo, "pero el general Miyares se hizo el desentendido y logró se olvidara y que su autor se avergonzara de haberla proferido" (Heredia). Cual dato curioso deben mencionarse en el parte de la artillería, escrito por el Capitán Diego Jalón, mártir futuro, las

siguientes líneas: "También abandonamos un pedrero por habersele descubierto un escarabajo que lo hacía enteramente inútil". Los artilleros en la época y muy menos hoy día, usaban un lenguaje tan complicado, casi cabalístico: pedrero es un cañón corto que como su nombre lo dice se cargaba con piedras, pero era más bien de plaza que de sitio por lo que puede suponerse fuese cogido a los realistas. Escarabajo es un huequecillo que por defecto de fundición o del metal, etc. se forma en el interior de una pieza, inutilizándola; hecha esta disgresión, regresemos a Caracas donde la situación cada día más alarmante ha obligado a tomar en mayor seriedad el decreto de movilización de mayo de 1810 y se procura levantar fuerzas para reorganizar y aumentar las existentes. Alcántara deja definitivamente toda ocupación distinta a la de las armas y sienta plaza firme en el Escuadrón Montado de Guardias Nacionales, en el que tantos y tan buenos, son y se tienen sus servicios, que el Escuadrón lo elige Subteniente, de acuerdo a los usos puestos nuevamente en boga por la Revolución Francesa y que la misma Junta aprobara para las milicias: "Cada compañía elegirá sus oficiales, y entre todas las que formen un cuerpo harán lo mismo a su comandante". En este caso el Escuadrón eligió por Jefe a Don Martín Tovar Ponte, el mismo que firmara el ascenso ya comentado y quien ciertamente es uno de los más grandes servidores que haya tenido la patria. Enumerar sus virtudes y los sacrificios que hiciera por Venezuela, por sus amigos personales y hasta por sus enemigos, decir sobre su carácter e instrucción, todo ello sería motivo de un estudio digno de redactarse para estímulo de las generaciones. Bástenos el juicio de Baralt: "Este hombre verdaderamente raro era del número de aquellos que ejecutan el bien con la misma naturalidad que lo conciben o, por mejor decir, en quienes la virtud no es esfuerzo sino instinto". Añadimos que sus contemporáneos lo creían la virtud misma. Don Martín Tovar firma a petición de Alcántara, ya después de gravísimos hechos y entreviéndose operaciones militares más amplias, el siguiente certificado:

"El ciudadano Comandante del Escuadrón de Guardias Nacionales montados e infantería de esta Capital.

Certifica que el ciudadano Francisco Alcántara uno de los individuos del Cuerpo de mi mando ha asistido diariamente y sin interrupción al servicio que ha

estado haciendo dicho cuerpo con motivo de las novedades e insurrecciones descubiertas en esta capital y en la de la Ciudad de Valencia, montando guardia, haciendo rondas, ejercicios doctrinales y emplazando para el mismo servicio a otros individuos; en términos que su infatigable celo y aplicación lo hicieron acreedor a que por voto general del cuerpo obtuvo el empleo de Subteniente de manera que es ocupación de primera necesidad y de atención en semejantes circunstancias le impedían poder atender a ninguna otra sin perjuicio grave de la seguridad pública. Y para que conste, a pedimento verbal doy éste en Caracas a 14 de octubre de 1811. Primero de nuestra Independencia absoluta". Martín Tovar Ponte. Helo aquí en el primer peldaño de la jerarquía militar y en una unidad que será el semillero de los famosos Dragones de Caracas, fijémonos que dice escuadrón montado y de infantería, Dragones, que llegaron a llamarse los SOBERBIOS DRAGONES y que en el momento decisivo de Araure, Bolívar llevará en persona a la carga, y al arma blanca, darán la victoria a la causa patriota.

En julio de 1811 había ocurrido la llamada revolución de los canarios, los trabajadores e ignorantes agricultores, armados de trabucos y llevando en el pendón a la Virgen del Rosario y a Fernando VII, se alzaron por los alrededores de la capital. Estos individuos movíanse acicateados por las represalias que pensaban sufrirían sus parientes en las islas y por miedo a las disposiciones fiscales del nuevo régimen, todo mezclado de temores religiosos bien significados en la extraña figuración de su bandera. El Poder Ejecutivo se creyó en grave peligro, lanzó una proclama y tomó medidas militares. En la proclama, con el característico lenguaje de la época dijo: "Caraqueños Ilustres: Declarada la absoluta independencia de estas provincias sois llamados a destinos más sublimes. Pero la obra de vuestra regeneración sería imperfecta si no pudieseis borrar los vestigios de la antigua tiranía. Hombres vendidos a déspotas, tanto más despreciables cuanto son la hez y la execración de las naciones, han hecho en esta tarde un esfuerzo que para siempre va a librarnos de su odiosa presencia y del espectáculo abominable de su estupidez y envilecimiento". Entre las medidas de seguridad, que según el mismo bando "no deben amedrentar a la inocencia", resaltan las siguientes: Previsión de nombramiento de un Jefe para "Dirigir los movimientos del vecindario

reunido en la forma que se dirá". Señal de alarma con cañonazos y toque de rebato. Acuartelamiento general. Los diferentes gremios y profesiones formarían unidades que se reunirían en la Plaza de Palmita con el escuadrón de caballería, o sea con los Guardias Montados al comando de Tovar Ponte. Los estudiantes se concentrarían en sus colegios y los "ancianos respetables" "que están al mando del Conde de la Granja" irían a la Plaza Mayor. Y como todavía estaban en vigor las absurdas prácticas racistas, los blancos, pardos y morenos formarían sus unidades en la Plaza de la Trinidad llevando las armas disponibles. Se dispuso que los individuos cuyas profesiones eran de importancia pública quedaran libres para prestar sus servicios. A las mujeres se les ordenó quedarse en sus casas para no "embarazar las operaciones de las personas constituidas al servicio". A los vendedores de hachas la obligación de afilarlas y enhastarlas. En fin se dispuso sobre guardias y se alertó al público para que estuviese alerta, pronto aún para los ensayos de cuanto se había prevenido... La ciudad aldeana, de gozosa tranquilidad, dejaba de serlo a partir de aquel mes de julio... Dispersos los alzados, presos los más, se juzgó rápidamente a quienes aparecieron con mayor culpabilidad y se les ejecutó.

Los sucesos de Valencia obedecieron a las mismas causas que la fracasada insurrección canaria,¹ pero el componente religioso fue hábilmente utilizado por los agentes disociadores enviados desde Puerto Rico por Cortabarría. Pronuncióse la ciudad por Fernando VII y recorrieron sus calles los exaltados vecinos, arma en mano y escapularios al cuello, triste muestra de superstición que afortunadamente los libertadores erradicarían de nuestras costumbres, dejándonos entre sus más sólidas herencias, aquello de que lo confesional no debe servir para amolar cuchillos ni el culto de Dios de pretexto para aprisionar compatriotas. Pero la revuelta tomaba caracteres de gran peligrosidad, por lo que resolvió el Gobierno enviar al Marqués del Toro a meter en cintura a los alborotadores e insurrectos. No bastaba el fracaso de Coro para juzgar la destreza del Señor General.

¹ Algunos afirman que en las insurrecciones "canarias" está presente el sentimiento antiesclavista y que ellas son de las primeras explosiones de la lucha de clases. Parece más cierto que el componente antiesclavista viniera en ellas cual medio de guerra, pues era conveniente volver las esclavitudes contra sus dueños (casi todos insurgentes republicanos) para con ello añadir dificultades al nuevo gobierno.

Poco se sabe sobre esta insurrección y en poco la tenemos. Pero los alzados pasaban de 2.000, cuya fuerza estaba disminuida por las desventajas de su situación, ya que se encontraban encajados dentro de territorio cuyas poblaciones o eran francamente adversas o no les prestaron ninguna ayuda. Las autoridades patriotas con buen tino se dedicaron a poner estas poblaciones en estado de defensa, con lo que se reforzó el aislamiento de Valencia. Los vecinos de San Carlos dieron muestra de extraordinario celo. El Capitán Ignacio Zárrega a la cabeza de las fuerzas colectadas en la ciudad, cortó la comunicación, urgente para los rebeldes, hacia Coro. El Ejército de la Patria al mando del Marqués y de su hermano Don Fernando, situó sus gruesos en Maracay y se dispuso a actuar "a la vieja manera", en ataque directo contra las instalaciones defensivas que el comando, que desempeñaba principalmente Fray Pedro Hernández, con la cooperación de los Señores Iztueta y Somarriba, no había dejado de disponer. Envió este comando emisarios a Coro y a Puerto Cabello, y procuró que su ejemplo fuese seguido por las poblaciones vecinas, fracasando en este sentido. Y tomó medidas defensivas de vigilancia y posesión de los principales accesos a la ciudad. Llegando al extremo de movilizar una pequeña flotilla sobre el Lago. Las partidas enviadas fuera de la ciudad, debían realizar no una resistencia franca, imposible por su poca fuerza, sino lo que hoy se llama acción retardatriz y de desgaste. Los emisarios enviados a Coro encontraron al Gobernador Ceballos no sólo dispuesto a darles apoyo lejano, sino a enviar tropas en auxilio de la ciudad. En efecto, Ceballos dispuso que un Destacamento, cuerpo mixto de caballería e infantería al mando de quien sería muy célebre después, Antoñanzas, marchase en dirección de San Felipe. Esta operación obligaría al mando republicano a distraer fuerzas para cubrirse en dicha dirección y combatir con probabilidad de éxito, con el consiguiente alivio para la defensa. En tanto, Ceballos personalmente llevaría un grueso sobre la dirección de Carora para por Barquisimeto caer a Valencia. En dicha dirección los realistas no tropezarían con mayor resistencia pues las tropas que allí había instalado Rodríguez del Toro, por haber sido combatidas por los realistas, estaban dispersas. Afortunadamente, Ceballos no podía disponer de un contingente verdaderamente fuerte, apenas saldría con 800 hombres y muy poca

artillería. Con lo cual podía ganar en rapidez pero no en el choque, necesario para romper fuerzas dispuestas en cerco y muy próximas a sus bases. El General del Toro no parece haberse acordado de aquellas meditaciones de la Campaña de Coro sino que procedió directamente sobre Valencia, cuyas fuerzas de nuevo despreciaba. Los realistas habían ocupado Ocumare de la Costa y enviaron descubiertas sobre Mariara y La Cabrera. Preocupándose por fortificar hasta donde sus medios le permitieron el paso de Guaica. Ceballos recibió refuerzos y las órdenes del ya Capitán General Miyares de que le aguardase en Coro, por lo que de nuevo contramarchó. Reunidos planearon una acción contra la Plaza de Puerto Cabello que fracasaría debido a la imposibilidad de obtener un apoyo naval que el mal tiempo frenaba; entre tanto pasaba el tiempo, tanto que se sucedió la caída de Valencia, aunque salieron las tropas en auxilio de los insurrectos. Antoñanzas tampoco pudo ser gran ayuda, las penalidades de la marcha lo retrasaron ocasionándole también graves bajas, pero allí comenzó su triste celebridad, los pueblos pagaron la falta de eficacia de su gente con las crueldades que sufrieron. El General Rodríguez del Toro movió su tropa, previa concentración en Maracay a partir del día 15 de julio de 1811 y tomó contacto con el puesto avanzado de Cerro Coriano en La Cabrera, derrotándolo el 19 del mismo. Pero, para asombro de Jefes y Tropas, el Marqués no continuó su hasta el momento exitosa marcha y tampoco se hizo dueño del territorio conquistado, al contrario, replegó hacia La Cabrera, y como algunas de sus patrullas fuesen batidas, pidió refuerzos, lo que decidió al Poder Ejecutivo a quitarle el mando en plena campaña, reemplazándolo con el General Miranda y enviando algunas tropas, con las que marchó el Subteniente Alcántara. Miranda, luego de tomar ciertas disposiciones administrativas en relación con servicios, etc., ordenó avanzar, capturando a poco Guacara, abandonada el mismo 22 por los realistas quienes cambiando sus planes, optaron por defender Valencia y ciertos puntos exteriores considerados claves. Algunas negociaciones de paz no tuvieron éxito, y los republicanos se vieron en la necesidad de atacar las alturas del Morro donde los facciosos habían instalado cuatro piezas de artillería e hicieron una fuerte resistencia; vencida gracias al número de tropas que Miranda empeñara y a su empuje. Derrotados los

valencianos, fueron perseguidos duramente hasta dentro de la ciudad; rotas sus defensas, viéronse los alzados obligados a capitular, pero esta capitulación no era sino treta, algo deshechos volvieron al combate, extremando sus fuegos desde el Convento de San Francisco y desde el edificio del Cuartel de Pardos. Los que fueron atacados por tropas llevadas por el Coronel Simón Bolívar y por el Brigadier Fernando Toro, sin éxito y sí con enormes bajas. Miranda retrocede para reorganizarse y entonces llegan más refuerzos (24 de julio). Decide completar el cerco de Valencia y aislarla mientras se reordena. Los sitiados abren trincheras y levantan barricadas para favorecerse ya que sus efectivos disminuidos por bajas y desertión, ya no alcanzaban a 600 hombres. Miranda disponía de unos 5.000. El 8 de agosto se renuevan en firme las hostilidades y el nueve, tres columnas de ataque rompen las defensas y a pesar de la terrible resistencia del enemigo, quien comenzaba a incendiar las casas en un vano esfuerzo para contener el ataque, entran en la ciudad; el 10 empujan los patriotas a los insurrectos hasta el centro de Valencia y le quitan artillería y le capturan numerosos efectivos. El 12 luego de descansadas las tropas, Miranda volvió al ataque; debido a las condiciones de éste no pudo sacar partido de su aplastante superioridad ya que el movimiento de relevos bajo el fuego con una tropa no veterana y enganchada en lucha de calles, es operación si no muy difícil, lo suficientemente complicada para que se sustituyese por el descanso sobre el sitio, que aventaja al defensor. Este se redujo a la Plaza Principal, preparándose para lo que evidentemente sería el ataque final. El 13 con nuevos bríos se siguió la lucha, que devino más mortífera a medida que se forzaban algunas posiciones, pero exhaustos los realistas, resolvieron rendir las armas definitivamente. Aquellas funciones de armas, habían costado a la República más de 800 muertos y unos 1.300 heridos, entre ellos el Brigadier Toro. La Campaña es un claro ejemplo de deficiencias del mando, deficiencias de orden anímico, pues faltó la voluntad de combatir. Deficiencias en cuanto a la conducción y al objetivo mismo, aparte de que ya pesaban en el espíritu de tropas y oficialidad los recuerdos de Coro. Que el Marqués retrocediera luego del contacto inicial con un enemigo huyendo es algo inexplicable y cuya razón todavía se pregunta en las Escuelas Militares. Miranda no tuvo un plan de acción ni tampoco se aseguró la buena

voluntad de los subalternos, con lo cual fueron más largas las operaciones (no se maniobró) y se fueron sembrando pésimos antecedentes que a la larga le serían nocivos. En cuanto al Gobierno, observan algunos historiadores que han estudiado con mayor detenimiento las acciones, que no tuvo ningún interés en ganarse la opinión pública y con ella parte del pueblo valenciano. El año de 12, Alcántara sigue la suerte de las armas de la República y alcanza el grado de Capitán Ayudante Mayor. Capitulado Miranda, es de los oficiales que corren a La Guaira donde Simón Bolívar proyectaba reanudar las hostilidades, proyecto que fracasa. Es de los testigos de la noche del "bochinche". Y echando mano a sus pequeños recursos escapa a las Antillas Holandesas, de allí como el Coronel Bolívar pasará a la Nueva Granada. Donde a los problemas de la lucha por la independencia se añadían los propios de facciones más interesadas en sus personales ambiciones que en el primordial de asegurar primero aquélla. Por lo cual quienes sabían que la Patria necesitaba de un Gobierno Central, sólido, estable y capaz de contener la anarquía y de organizar fuerzas para la común defensa, debían batirse contra los que deseaban hacer pasar primero entelequias, muy buenas en lo teórico, imposibles de perdurar si se avecinaba cual los más veían, la violencia y la guerra. "Muchos venezolanos descontentos o bien porque no se aviniesen con el legítimo gobierno, dice Torrente, emigraron para varios puntos y especialmente para Cartagena en cuya plaza principiaron a formar sus reuniones y a maquinar los planes para introducir de nuevo en el país la desolación y el espanto". Ello es cierto, vendría la desolación y el espanto, pero sobre de ellas vendría la patria prendida en la voluntad de Simón Bolívar.

Alcántara hace la campaña del Magdalena y luego las de Santa Fe y las de Cúcuta y entra a Venezuela en la Campaña Admirable, al comienzo de ella vuelve a encontrar a Rivas Dávila.

Sobre esta campaña es mucho lo escrito y lo que se ha dicho, bástenos repetir lo anotado en la relación publicada en 1814 por Poudenx y Mayer: "Esta expedición hubiera sido digna de los más famosos capitanes europeos, y parecerá más notable al saberse que era la primera vez que ese joven oficial mandaba en jefe". El joven oficial que en la Nueva Granada en pocos días había solucionado los problemas del

gobierno y obtenido su apoyo y quien en dos líneas, cuando dijo: "Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados", creyó destruir por siempre los maleficios de quienes con cerebro extraviado en las regiones de la especulación pretenden conducir operaciones militares y más aún, la del Estado, quien con extraordinaria energía, con tenacidad y claro conocimiento del objetivo perseguido, en tres meses "a contar desde la toma de Ocaña", reconquista el territorio que Miranda no defendiera, luego de batir a cinco ejércitos españoles y tomarles banderas y cañones para restaurar la creación de los hombres del 5 de julio de 1811, llega mediante dicho esfuerzo a la Jefatura Suprema de los Ejércitos, de la que solamente la envidia y la incomprensión trataran, para males de la República de sucederlo. Alcántara sirve en el cuerpo de Dragones y a las órdenes de Rivas Dávila hace gran parte de la campaña. El 6 de agosto de 1813 entra en Caracas sólo para a poco salir a nueva y trágica campaña. Encerrado en Puerto Cabello, Monteverde mantenía para España la posibilidad de recuperar la iniciativa de las operaciones mediante refuerzos a los realistas que comenzaban a levantar peligrosas partidas por los llanos y a las mismas tropas del estólido Monteverde. Hubo Bolívar de disponerse a sitiario estrechamente, luego de cubrirse en la medida de los medios disponibles sobre las direcciones peligrosas; perdida por Rivas la oportunidad de capturar al Regimiento de Granada que se presentó a La Guaira, en mitad de setiembre de 1813, y engrosados con él sus efectivos, los realistas obligaron al Libertador a levantar el sitio y plegar hacia Valencia pues con una buena caballería en terrenos más favorables podría derrotar a la fuerte infantería realista Monteverde lo sigue lentamente y al llegar a las Trincheras, se le fue de las manos la vanguardia, la que imprudentemente se subió a los cerros de Bárbula, distante unas tres leguas del grueso español. Bolívar sin creer que aquellas tropas eran un simple destacamento, se formó en Batalla en la llanura de Naguanagua, provocándoles combate, inútil cosa pues el adversario no se movía; gasta tres días en reconocerlo y determinar sus efectivos. De inmediato, con tres columnas de ataque se lanza sobre el cerro y derrota al enemigo, "sin más trabajos que subir el cerro" dirá Urdaneta, quien al llegar a la cumbre es testigo de la

muerte de uno de los más bravos servidores de la Libertad. Atanasio Girardot; en el momento que decía al mismo Urdaneta "mire usted compañero como huyen esos cobardes", cae herido por una bala perdida o disparada por un rezagado. Toca a Rivas Dávila escoltar con sus Dragones el corazón de Girardot y acompañarlo hasta la Catedral de Caracas. Asisten después los oficiales al acto solemnísimos de la proclamación de Bolívar como Libertador de Venezuela. Pero la intensificación de la guerra en el Occidente y el nacimiento en los llanos de uno de los más terribles peligros que haya amenazado a la República obligan a nuevas operaciones militares. A partir de este momento la historia de Alcántara, se confunde en la historia de las operaciones que Urdaneta efectuará en el Occidente, por llevar este Jefe los Dragones de Caracas, con su Jefe Rivas Dávila sobre los realistas que allí avanzaban. En Barquisimeto los españoles lograron reunir unos 1.100 hombres y alguna artillería. Bolívar sin esperar otras fuerzas, ante ellas a los Dragones de Caracas y disponiendo de efectivos equivalentes a los realistas, se les encimó para batirlos. Sitúase aquí uno de los hechos que revelan el carácter del capitán de dragones. Adelantado a éstos, le tocó incorporarse a la caballería que en número de 200 jinetes al mando de Fernando Guzmán, disponía el Libertador, quien lo hizo cargara sobre la gente de Ceballos, lo que se efectuó con gran éxito empujándola en huida sobre el camino de Caracas. En tanto que en las filas de la infantería patriota, en pleno ataque, se produjo un incidente personal entre el Coronel Ducaylá y el Teniente Coronel Rodríguez, con lo que el avance se detuvo y desordenadas las filas patriotas, los españoles contraatacaron derrotando al Libertador.

La oportuna llegada como dice Urdaneta, de los Dragones de Caracas, contuvo al enemigo y bien cubiertos por ellos, los patriotas pudieron retirarse. Creyó Alcántara que la vicisitud padecida en aquel combate debía repararse en alguna forma, (a decir verdad, la derrota se debió al problema surgido en la infantería), y por ello solicitó al Libertador que le diese una vacante de Teniente que había en el cuerpo. El Libertador accedió. Curioso ejemplo que sólo tiene un parangón en nuestra historia cuando mucho más tarde la reconvención sufrida por un bravo jefe, hizo que dijera tomando un fusil que si no convenía como general bien podía

combatir como soldado...; ejemplos que olvidados no dieron frutos, pues la patria presenció la carrera ávida de jerarquía, de muchos a quienes faltó el talento y el mérito, por lo cual ella misma pagó con vidas y perdiendo tiempo en el desarrollo de sus instituciones.

Reunidos los patriotas en San Carlos, envió el Libertador al Teniente Alcántara sobre Camoruco a destruir la guerrilla de Carlos Blanco, comisión que desempeñó exitosamente regresando herido al Cuartel General. Bolívar al recibir el parte, encargó personalmente la curación del herido al Cirujano Pedro Guillen, Jefe de Hospitales. Alcántara a poco recuperó su grado² y todavía sin reponerse de sus fracturas siguió la Campaña. Asiste a la jornada de Vigirima y con las tropas del Libertador vuelve a San Carlos donde se reúnen unos 3.000 hombres de ellos 1.000 de caballería, ordenados en cuatro divisiones de las que era Mayor General Urdaneta. Los Dragones formaron la guardia personal de Bolívar. El día 2 el ejército pernoctó en Camoruco, limpio de enemigos por la batida que había hecho Alcántara. Bolívar suponía a Ceballos en Barquisimeto y debido a la hostilidad de las poblaciones que llegaba al extremo de tener que considerar como amigas sólo a las personas que marchaban con el ejército, desconocía el movimiento y entrada de Yáñez en Araure. Los realistas se juntaron en dicha población, sumando sus efectivos cerca de 4.000 hombres, además de gente por armar. Luego de asegurar sus comunicaciones marchó el Libertador y el 4 de diciembre en la tarde, acampó frente al pueblo de Araure "en campo raso". Reanudó su marcha al amanecer del cinco, entrando en Araure ya abandonado por la fuerza realista, de la que supo que con diez piezas de artillería se había dispuesto en una sabana próxima. En tanto, la vanguardia al mando de Manrique, imprudentemente avanzada, se hizo batir por tropas realistas bien emboscadas. El enemigo se había apoyado en la costa del Acarigua; los cañonazos revelaron al grueso lo que ocurría y la prontitud del Mayor General quien ordenó el avance de la segunda división, salvó a la caballería de Manrique y a los oficiales montados, pues la gente de a pie se hizo matar en el sitio, "sin que ninguno volviese la cara para huir". La situación del ejército no podía ser peor, disminuidos sus efectivos, encuadrado un batallón con los

² Le sería confirmado en oficio de 20 de junio de 1814

derrotados de Barquisimeto, rodeados de desafectos y guerrillas, no había otra solución para salvarse que combatir victoriosamente. Aparte de que rotas aquellas fuerzas la República podría recuperarse por ser las más numerosas y representar sus jefes la autoridad real más legítima. Formóse el ejército en batalla, con una primera línea constituida por la segunda división y al mando de Urdaneta. La segunda línea se compuso con caballería, reservando Bolívar para su mando personal a los Dragones. Marchó la primera línea sobre el enemigo, rehaciendo su ordenamiento bajo el fuego enemigo, hasta colocarse a tiro de pistola, rompió entonces sus fuegos, mientras una acción llevada por dos pequeños grupos de Dragones se resolvía favorablemente con la captura de "dos piezas de artillería que eran las más mortíferas". Debemos señalar que según cuenta el General Urdaneta en sus Memorias, el fuego se hizo avanzando y era "tan sostenido que parecía un gran trueno". Este fuego marchando es el famoso fuego de filas marchando, que era una de las más complicadas maneras de ejecutarlo para las tropas de la época, lo cual prueba la buena disciplina y entrenamiento de la infantería en final de aquel año memorable. La segunda línea recibió el choque de la caballería de Yáñez quien intentaba envolverla por su izquierda (la de Yáñez). Caballería muy bisoña, comenzaba a ceder cuando el Libertador, apreciando el momento decisivo, a la cabeza de los Dragones, con Rivas Dávila, lo cargó, bajándole de los caballos más de trescientos jinetes. Destruida la caballería, en derrota la mayoría de los cuerpos realistas, no quedó al resto sino la huida. La persecución fue implacable, pues la suerte de los Cazadores de Manrique había exacerbado los ánimos. Urdaneta fue encargado de proseguir sobre Barinas. Luego del triunfo, el Libertador premió a los Dragones con el título de "Soberbios" que conservaría hasta su extinción en el año de 16. Conservando Alcántara el título de Comandante de Soberbios Dragones por haber sido su último primer jefe.

Ya la guerra tomaba aquellas características de salvajismo que muy difícilmente se extinguieran a consecuencias del tratado de regularización. Al alanceamiento de los Cazadores, sucedido combatiendo, pero que cierto, hubiesen podido capturar vivos, si se les ofreciera vida salva, respondieron los patriotas no dando cuartel. El General Presbítero José Félix Blanco, cuenta que vio cuando los

soldados patriotas mataban "hasta de los más elevados copos de los árboles del camino adonde se remontaban y escondían, los canarios y españoles, de allí los bajaban nuestros soldados a balazos, tirándolos como monos". Las bajas realistas pasaron de 1.000 muertos.

Desde la Aparición de la Corteza, marchó Urdaneta hacia Guanare, llevando entre sus fuerzas a los Dragones, cuyo jefe, había recibido público y merecido elogio; en el boletín del ejército, Rivas Dávila aparece con otros dos jefes como "dignos de titularse Jefes de los Libertadores de Venezuela". Urdaneta tomó a los Dragones por escolta personal y Alcántara pasó a ser edecán de este Jefe, cargo en el cual haría toda la campaña. Asegurado Barquisimeto, siguió Urdaneta sobre Coro, pero las noticias recibidas de Barinas, gravísimas, pues la pérdida de ésta podría significar la caída de toda aquella región en manos de los españoles, poniéndose en peligro casi todo el Occidente y hasta Valencia, obligó a Urdaneta a cancelar sus proyectos sobre Coro y volver sobre Barinas a sabiendas de que no llegaría a tiempo para salvar la ciudad. Lo pasado fue peor, pues García de Sena sin combatir huyó, permitiendo a los realistas entrar sin ninguna pérdida, adueñarse de recursos y cometer tropelías. Urdaneta se adelantó a su grueso al que impuso forzar la marcha y llegando a Barquisimeto, tomó la guarnición de la ciudad a la que relevarían las tropas del batallón Barlovento. Con catorce dragones al mando del Capitán Alcántara y del Teniente Luzón, los doscientos hombres sacados de Barquisimeto, el resto del Barlovento y algunos auxilios, marchó por el camino real de Araure y Guanare. Calculaba Urdaneta para estar sobre Barinas que no gastaría más de quince días en toda la operación (contados desde que interrumpiera su movimiento sobre Coro hasta estar en vista del enemigo). En ese empeño, al vadear La Portuguesa, "salió del monte un hombre haciéndose conocer por patriota, y era en efecto un oficial de las tropas de Barinas, el cual informó que cuatro días antes había sido tomada la plaza por los enemigos". Mientras esto sucedía apareció en las cercanías una partida enemiga y Urdaneta envió a Alcántara para que la reconociese con los catorce dragones, la partida replegóse, descubriendo el grueso de Yáñez quien de inmediato cargó sobre los dragones arrollándolos, Alcántara quedó bajo el caballo y Urdaneta para salvarlos movióse

con sus doscientos hombres, rescatando a cinco dragones y al Capitán, a quien hubo de sacar de debajo del caballo y más tarde entablillarle personalmente el brazo fracturado. El intento de Urdaneta se frustró por el inaudito acto de García de Sena y como los tiempos no permitían enternecerse sobre las propias heridas y no habían ni hospitales ni puestos de auxilio, Alcántara sin consolidarse sus fracturas siguió las operaciones, de lo que sufriría en el futuro. Yáñez fue muerto a poco frente a Ospino y sus cuartos colocados en escarpas por los indignados patriotas.

Las poblaciones abandonaban sus hogares y quienes eran patriotas no encontraban otra seguridad que la marcha con las tropas; pueblos enteros, niños, viejos y mujeres, marchaban con éstas en busca de protección, ocasionando los inevitable problemas y trayendo a los mandos angustias sin cuento. Bolívar entre tanto veía en la necesidad de oponerse a Boves para lo cual recolecta todas las fuerzas posibles, por ello los Dragones se fraccionaron, enviando Urdaneta al centro, a los mejor montados. Por esto mientras se combatía en el centro, Alcántara, edecán de Urdaneta, sigue con éste en Barquisimeto. Donde todas sus fuerzas alcanzaban unos 700 hombre, más los restantes Dragones. Presionado el Mayor General, debió enviar contra Ceballos en la vía de Carora un fuerte destacamento, quedando en Barquisimeto con unos 150 hombres, sabido lo cual por el espionaje de Ceballos, éste marchó sobre la ciudad y luego de romper la fuerza de Urdaneta se apoderó de aquélla. Urdaneta marchó en el mejor orden posible sobre San Carlos, (no olvidemos que para ello hubo de abrirse paso al arma blanca), al que pronto supo que sitiaban Calzada y Remigio Ramos. No obstante, decidió forzar el paso y entrar en la ciudad y luego de perder el camino y al fin reencontrarlo afortunadamente, pudo cumplir su propósito. Entró con cien hombres a San Carlos que tenía apenas trescientos defensores. Sin ninguna noticia del resto de la República, Urdaneta ordenó mejorar las instalaciones defensivas y afrontar el sitio; durante más de ocho días los combates fueron incesantes con gran pérdida de oficiales y tropas; finalmente hubo de tomarse la decisión de abandonar la ciudad y en ella a los enfermos, heridos y a la emigración. Tremenda medida que costaría muchas vidas, que en la imposibilidad de transportar y de comboyar en que se

encontraría la pequeña columna era de orden imperativo. Ello implicaba, por más que se recomendasen a los habitantes, el sacrificio de los heridos y muy posiblemente de los patriotas que se quedarían, pero también era necesario salvar a la fuerza combatiente y Urdaneta no dudó. Hizo ejecutar un falso ataque y merced a él salieron sus efectivos vía Valencia por las lomas de Macapo hasta entrar en ella. Las tropas realistas hicieron degollina en los heridos y emigración, cosa que retardó a Ceballos y permitió a Urdaneta llegar a Valencia para recibir la célebre orden: "Defenderéis a Valencia ciudadano General, hasta morir". Describir los horrores del sitio, los sacrificios de defensores y de la población, ha sido hecho en numerosos textos. Con la firme entereza de su Jefe, con la abnegación de oficiales y tropas, a costa de penalidades inauditas, la ciudad resistió hasta que Marino llevando los socorros de Oriente deshizo al monstruo en Bocachica. Los defensores de Valencia fueron autorizados a usar un escudo de honor sobre el brazo izquierdo y que sería uno de los once que Alcántara ganaría en su vida militar. En tanto la patria había perdido dentro de tantos desastres al heroico Jefe de los Soberbios Dragones quien haría su tránsito de manera ejemplar pagando con su sangre, su decisión de libertad. Tócale a Alcántara acompañar a Urdaneta en las operaciones previas y en la batalla del Arao, donde difícilmente escapa y contribuyó a la reunión de las tropas dispersas hasta llegar al Tinaco. Sigue luego la primera de Carabobo y en la noche del 27 de mayo de 1814, Alcántara es de los Oficiales que arma en mano, montan las grandes guardias mientras la tropa vencida por las fatigas y por una lluvia incesante, trata de conciliar algún sueño. Al día siguiente, todas las fatigas se disipan, y se obtiene hermosa victoria: quedó el campo lleno de despojos. Perdida Caracas, discutida la autoridad del Libertador, en derrota la República, Urdaneta emprende su memorable retirada a Occidente y llega a Cúcuta por la vía de San Cristóbal. Desde aquella ciudad informó al Gobierno de Tunja su llegada y puso a las órdenes de éste sus veteranas tropas. En Pamplona se reunieron en medio de indescriptible júbilo con el Libertador, que les dirige en 12 de noviembre de 1814 la famosa proclama, en la que luego de llamarlos a la disciplina, dice: "Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y libertad".

Alcántara viene con el Mayor General en los Dragones. Hace luego todas las campañas y el Congreso de Tunja lo nombra Comandante del Escuadrón Soberbios Dragones. Durante las operaciones que el Libertador conducía en la región de Honda, viose Alcántara enfrentado a un tremendo problema, de aquellos que sólo se presentan a los hombres de guerra y en situaciones cual aquélla, de gran fluidez. En efecto, marchaba llevando además de otras órdenes, la de custodiar unos cuarenta prisioneros y hubo de fusilar a 16 de ellos. Los tiempos en Nueva Granada eran de grandes contradicciones, pues algunos Jefes entre ellos nuestro conocido Campomanes habían ya aplicado penas de muerte, aparte de las tropelías cometidas por los realistas y en cambio parte de la opinión pública allí era partidaria de no derramar sangre; esa misma opinión se volcó contra Alcántara, desde algunos papeles públicos, cosa que contrarió grandemente al Libertador quien creyó sus planes perjudicados. Y procedió a enjuiciar al Comandante Alcántara. En situación semejante el único recurso de un Jefe es el de consultar su conciencia proceder. El historiador Restrepo escribe que Alcántara adujo como única razón del hecho el que los prisioneros "se habían cansado", y que el Libertador "dijo", haberlo sometido a juicio no sin exponer las crueldades de los Jefes realistas. Pero además de esta razón debió haber alguna que juntas exigiesen la muerte. En una guerra como la que el Jefe de los Dragones había visto y practicado en Venezuela, la muerte era corolario de la prisión, para quien era oficial o para quien fuese, si su piel a juicio de algún español débil de la vista, era más blanca de lo conveniente a Su Majestad. Luego, si los prisioneros no podían marchar, ¿cómo soltarlos por razones filantrópicas o de humanidad cuando la guerra sólo es violencia y "no se hace por amor a Dios"? Cuando su primer paso ulterior será para engrosar las filas enemigas y causar bajas. Quienes desde la prensa criticaban a Alcántara, seguramente adornarían muy luego los banquillos del Conde de Cartagena. En total, disgustóse el Libertador y si bien Alcántara salió absuelto de su juicio, perdió el grado de Comandante de Escuadrón, pues el Libertador no quiso reconocerlo inmediatamente y debió continuar en Venezuela algún tiempo con el grado de Mayor.

En fin, la política que se llevaba en la época, muy enrevesada y de la que podía depender la libertad de Venezuela, pasó primero como era lógico; sobre el individuo cuenta el destino de los pueblos. Pero, todos los empeños del Libertador, serían vanos, su propia política sería arrastrada por el particularismo reinante, el que de paso volvería a Fernando las tierras del Virreynato. El 8 de mayo de 1815, Bolívar se despidió de tropas y gobierno y el 9 salió para Jamaica, desde donde trataría con una extraordinaria suerte, de volver con auxilios para la sitiada, ya por Morillo, Cartagena; suerte, pues su embarcación fue informada en plena mar, de la caída de la ciudad y con ello se evitó él caer en manos realistas. De los oficiales que pudieron escapar fue Alcántara uno, y como ellos se vio obligado a huir hacia Haití. Conocedor Bolívar del posible arribo de numerosos venezolanos a los Cayos de Haití se dirigió hacia ellos, adonde llegó el 25 de diciembre de 1815 y sin encontrarse con los fugitivos pasó al interior en busca del apoyo del Gobierno de Petión. De los emigrados de Cartagena o mejor de los huidos de Cartagena, iría sabiendo a medida de su llegada; los primeros llegaron el 6 de enero luego de perder cerca de 8 buques. En la travesía se habían echado al agua a "los muertos y a los que parecían muertos"... Obtenidos los auxilios y el apoyo de Haití, reunió el Libertador una Asamblea para que se tratase el problema de la Jefatura Suprema y sobre quién debía ejercerla. Pues en los Cayos se repetía, aminorado, el fenómeno anárquico del Oriente venezolano y de la vencida Santa Fe. El futuro primer Almirante de la República, decidió con su influencia la suerte de la votación. En palabras muy firmes, recomendó la elección de Bolívar y no contento con esto, al surgir otras interpretaciones que querían dársele al sistema de mando, dijo "que de no reconocerse a Bolívar no emplearía sus capitales en beneficio de la empresa" y propuso una votación especial, a cada uno de los presentes comenzando por el Libertador Marino, se le pidió que dijese en voz clara y fuerte si aceptaban a Bolívar como jefe. Todos fueron respondiendo "sí", salvo el General Bermúdez y el francés Ducaylá, quienes arrastraron otros dos votos; Bermúdez se retractó para luego desdecirse, por lo que Bolívar decidió prescindir de sus servicios. La expedición se organizó rápidamente. Alcántara vendría en ella como sargento mayor de los Dragones cuyo primer escuadrón lo comandaría Teodoro Figueredo y

sería la Guardia de Honor, el segundo escuadrón vendría con Rafael Jugo y Fernando Galindo en los mismos cargos que los anteriores. Por ese hecho es posible que Figueredo y Alcántara asistiesen al abordaje del Intrépido. De Margarita Bolívar se dirigió a Carúpano adonde llegó el 31 de mayo de 1816 y conducida una fuerza de desembarco por Marino, Piar y Soubllette se adueñaron del puerto y de la fortaleza. Era necesario al buen éxito de los planes de Bolívar, la rapidez operativa, ya que los realistas se le encimaban con fuerzas muy mayores. Consistían ellos, en aprovechar su posición para libertar Maturín y Güiria, para reunir los dispersos y los afectos que hubiese, pues los habitantes de Carúpano y alrededores en su mayoría habían huido por ser partidarios del rey. Sobre Maturín y Güiria envió a Marino y a Piar, junto con un destacamento al mando de Piñango. Al tiempo que Justo Briceño era enviado a situarse en posición de interceptar toda tropa que del puerto tratase de llegar a Cumaná. Con la mayor energía procuraba el Libertador reunir el mayor número posible de tropas y el 13 de junio envió sobre San José y desde Cruz Grande a Alcántara al mando de unos cien hombres. Los españoles que se encontraban en San José retrocedieron hacia Arao y el Jefe de la columna patriota destacó un avanzadilla sobre Cariaquito, eran unos 20 hombres de a caballo, que en la noche por fatiga descuidaron las guardias y se dejaron sorprender por los realistas quienes se apoderaron de quince caballos del sorprendido puesto. Al amanecer, la infantería derrotó a su vez a los españoles, recuperando el material y ganado perdido y procedieron, tras juicio, contra los responsables del descuido. Esta acción, simple choque de un pequeño puesto fue aprovechada por la propaganda realista la que hizo de él, combate, y ha quedado así en nuestra historia y aun en las listas de combates perdidos por nuestras armas. La Gaceta de Caracas comentó así el asunto: "El cuerpo avanzado estaba situado a media legua del pueblo. Constaba de 46 hombres de caballería con caballos y muías encontradas en él y de 54 de infantería mandados por Francisco Alcántara, bien conocido en esta ciudad y llamado Teniente Coronel. La mayor parte era de la Guardia de Honor" (Gaceta de 10 de julio de 1816). No progresaban las operaciones del Libertador, y veía venir por el contrario una difícil situación pues el enemigo con mayores posibilidades podía atacar su pequeña fuerza de Carúpano. Disponible la movilidad

de la escuadra, cuya inacción dañaba la disciplina e impedía hacer presas, resolvió Bolívar reunir el mayor número de gente posible y embarcarse para caer sobre el centro de la Capitanía, audaz movimiento que bien coordinado podría ser de gran éxito. Eligió para desembarcar el puerto de Ocumare de la Costa desde donde pensaba "antes de ocho días tomar la capital". Y de inmediato rebatirse sobre el Oriente. La maniobra era arriesgada pero de realizarse con celeridad, muy viable ya que los españoles para acudir en socorro del oriente habían disminuido sus fuerzas del centro, las que Moxó por razones de vil interés no había completado, pues cobraba las raciones de la tropa sin que ellas estuviesen de lista. El 6 de julio de 1816 desembarcaron en el puerto donde encontraron poca resistencia, ya al mediodía estaban en el pueblo de Ocumare y finalmente desembarcada toda la expedición, comisionó el Libertador al entonces Coronel Soubllette para adentrarse y apoderarse fundamentalmente del paso obligado de La Cabrera, sobre la Laguna de Valencia. En tanto los corsarios se adueñaron de gran cantidad de frutos luego de haber descargado el material de cualquier manera, y de inmediato "se dieron a la vela", con lo cual privaron al Libertador de la inmensa ventaja de la movilidad de la escuadra. Bolívar debió permanecer en el puerto pues temía un contradesembarco a partir de Puerto Cabello. Con ello la expedición fracasaba, privada del formidable impulso que significaba la voluntad y la presencia de Bolívar; Soubllette no estaría a la altura de su cometido y se desquitaría más tarde de las duras y merecidas críticas que le hiciera Bolívar y con él el ejército, acusando al Libertador de olvidar por Venus los aprestos de Marte. En tanto, el realista Morales, con unos trescientos hombres, había llegado a Valencia el día 6 de julio de 1816, donde se supo el desembarco patriota el día 7, pero no pudo salir de la ciudad sino el 9, a la cabeza de unos cuatrocientos soldados mezcla de sus veteranos y de 100 reclutas. Llegó a San Joaquín el mismo día 9, donde se instaló sumariamente. Soubllette que había llegado hasta Las Piedras a dos leguas de la tropa española, no se movió sobre ella para destruirla aprovechando su pequeña superioridad numérica y su enorme valor combativo, pues entre su gente llevaba cien oficiales muy curtidos, al contrario, permaneció inmóvil. Y al día siguiente, Morales por el contrario, emprendió contra los patriotas operaciones de hostigamiento; que no podía hacer

más pues sabemos lo escaso de su tropa. Soubllette juzgó conveniente retirarse y en la noche, sin ser molestado, fue a instalarse con toda tranquilidad en el sitio llamado Los Aguacates, sobre la serranía. Más tarde, explicaría su rara retirada diciendo había interceptado una carta de Morales en la que leyó que éste venía sobre él con "7.000 hombres". ¿De dónde los habría sacado el español? En fin, concluyó Soubllette que tenía a su frente una tropa muy numerosa y decidió instalarse en aquella posición que le hacía más fácil la defensa, pues no era su acceso cómodo. El día 14, Morales reforzado con trescientos hombres que le trajera Bauza, comenzó a presionar al tímido Jefe Patriota quien se vio confortado con la presencia de Bolívar, pero el contrataque ordenado por el Libertador fracasó y los realistas sobrepasaron la posición, dominándola por la derecha, lo que obligó a los patriotas a replegarse perdiéndose en tan crítica circunstancia cerca de 260 hombres.

La irresolución de Soubllette aunada al error de Bolívar de contratacar las tropas veteranas de Morales con un destacamento de reciente formación y por lo tal, poco ducho y falto de cohesión y el no haber llegado a tiempo un refuerzo que debía llevar Anzoátegui, produjeron la derrota y con ella la necesidad de cambiar el plan inicial. Retirados ordenadamente, el mando patriota se reunió en Ocumare, donde se acordó buscar la salida al llano oriental, para reunirse con los Jefes que allí combatían. Pero, mientras el Libertador trataba de aligerar las operaciones de embarque de armas y municiones y el desorden que había empezado a extenderse se controlaba, Morales, ya descansado, continuó sobre los patriotas y Soubllette envió al edecán Alzuru para que comunicase a Bolívar que "los enemigos han hecho alto en la montaña y encendido sus fuegos a dos leguas del pueblo, donde está el campamento de los patriotas: éstos no han sido molestados; a las dos de la madrugada seguirán marcha a Choroní". Parte verbal que en la confusión del momento, por temores o por perfidia, que ésta sería la opinión del Libertador sobre dicho asunto, pues el edecán dijo todo lo contrario, provocaría el pánico, ya que divulgó su inexacta información. Se generalizó el temor. Todos comenzaron a embarcarse en el mayor desorden. Bolívar quedó abandonado en la playa y desesperado iba a volarse el cráneo cuando un oportuno auxilio le arribó en la

persona de Videau quien en su bote lo llevó al barco. Más tarde Bolívar escribiría a Petión: "Esta retirada (La de Soubllette) es la causa de todas nuestras desgracias porque nos privó del único territorio que hubiera podido proporcionarnos hombres para formar un buen ejército".

Soubllette recibió una de las más formidables reprimendas que se recuerdan y claro, jamás la perdonaría, por ello es posible que aumentara la influencia de cierta señorita Pepita Machado quien con la madre y una tía era de las familias que venían en los barcos y atribuyó a esta dama la permanencia del Libertador en Ocumare y el no haberse adelantado hasta Las Piedras. Perdieron los patriotas más de mil fusiles y se desintegró la expedición. A quienes quedaron en tierra, sobre la vía de Choróní, se les ofrecía la disyuntiva, o batirse a muerte en los alrededores de Ocumare o buscar la reunión con los caudillos en Oriente. Eligieron lo último y se adentraron, por Jefe, Mac Gregor, quien confió el mando de la vanguardia al Teniente Coronel Alcántara quien hizo toda la campaña en tal cargo hasta la batalla del Juncal en la que cae del caballo alcanzado por una bala enemiga. Como puede verse en una certificación de Mac Gregor. Más o menos curado, que la herida había sido gruesa, sigue en las fuerzas de Piar en las cuales los Dragones constituyeron la guardia del General. Algunos historiadores escriben que Piar huyó, olvidando su deber, en la batalla del Juncal. Es fácil criticar a quien cae en desgracia, sobre todo si ella trae su origen de causas políticas... La realidad parece haber sido diferente, la carga guiada por Piar en persona, apoyada por alguna infantería, encontró fuerte resistencia en la gente del venezolano realista Mirabal, sin que Piar pudiese romperlo y decidir el combate. El oportuno avance de la línea patriota ordenado seguramente por Mac Gregor alcanzó el triunfo. Piar fue culpable y ello está dentro de su manera de combatir, de irse a la carga y perder la visión del conjunto por impedírsele el combate aproximado. Esta peligrosa manera convenía más bien a los jefes llaneros quienes con pequeños efectivos y montados se batían sin mayor necesidad de combinar maniobra. No a quien tenía a su disposición tropas de diferentes armas, cuyos esfuerzos era necesario dosificar y guiar. Recordemos además que Piar por exceso de valentía corre riesgos innecesarios al Jefe, perjudiciales al Ejército. En cuanto a su jefatura, la salida de

Mac Gregor obedeció a una grave dolencia, amén de cierta testarudez y carácter agrio propios de su clan. Este carácter debía chocar con el de Piar, hombre muy duro y quien tenía en poco el afán de otros jefes de conquistar el afecto de sus subordinados. Piar preocupábase poco por ello y mucho por las tropas y no aceptaba mandos compartidos, de aquí sus discusiones con Monagas y hasta con Sedeño, quien sí le siguió, gracias sin duda a la mediación de Anzoátegui en el plan soberbio de marchar sobre Guayana.

En diciembre de 1816, tiene Alcántara un lance personal con el Teniente Coronel Manuel Matos, edecán de Piar. Lance que los historiadores suponen debido a contraste de opiniones sobre la Jefatura Suprema. El diario de operaciones de aquel ejército dice: "Día 16, a las siete de la mañana se retiró el general Sedeño a su campamento, acompañado de los comandantes Figueredo y Gabino Martínez; el primero a hacerse cargo de su escuadrón y el segundo, con su mayor y oficialidad a reforzar el escuadrón DRAGONES del General en Jefe. A las once del día se arrestó dentro de su casa al coronel Alcántara, y al teniente coronel Matos en la prevención de honor".

El día 19 se puso en libertad al coronel Alcántara y Matos pasó a otro cuerpo, había sido libertado el 18. El mismo diario dice para el día 26: "A las siete de la mañana marchó S. E. acompañado de su Estado Mayor para el Caura. En la misma hora se licenciaron para el ejército del General Arismendi los Coroneles Alcántara, Rivas, Vélez y Borrás y el comisario Sánchez".

Tavera Acosta no creía que el lance tuviera origen en problemas de rivalidad entre quienes creían mayores las capacidades de Bolívar que las de Piar. Pero sin meterse en el campo de lo supuesto en el cual toda hipótesis se puede creer verdadera, basta leer el mismo diario en el mes de enero de 1817 para ver que el Escuadrón de Dragones se desertó del campo de Piar con todos sus oficiales amén del Coronel Teodoro Figueredo quien recordemos era el Comandante de la Guardia de Honor cuando Campano, y otros Oficiales. Además, si se lee sin prevención lo escrito en el diario para el día del arresto de Alcántara, se ve que el Comandante Gabino Martínez con su mayor y oficialidad había ido a reforzar el escuadrón de Dragones, refuerzo que es un cambio de mando por lo que se puede interpretar. Es

decir que no se tenía en ese día por seguro al escuadrón que era la Guardia del General.

De la Margarita, Alcántara se reunirá con el Libertador y vendrá a Guayana, donde toma parte en el asalto de la ciudad y donde el Libertador, atendiendo a los méritos y servicios del Teniente Coronel Alcántara, Comandante de los "Soberbios Dragones" lo asciende a Coronel vivo y efectivo. Con antigüedad de 28 de diciembre de 1816. Fecha el despacho el 27 de diciembre de 1817.

Ese año de 1817, la República alcanzó asiento firme, ya no iría cabalgando prendida en el pecho de un lancero anónimo y como él susceptible de caer y hasta de morir en el rincón de una sabana; tampoco seguiría latiendo en el corazón de aquellos mantuanos que casi mendigaban el sustento en las colonias extranjeras; aquí, al "amparo del majestuoso río", que la separaba sin dividirla del resto del territorio y que le permitía enlace feliz con las fuentes de abastecimiento y con las potencias amigas, apoyándose sobre la izquierda en la gente de Páez y al norte, sobre el mar, en la flotilla que comenzaba a tenerlo por suyo y en la Margarita que le regalaba la fiereza de sus hijos, en las tropas de Zaraza y de los Monagas, en las del impetuoso Bermúdez, podía contemplar con optimismo al futuro. Gracias a la realización del designio de Piar a quien ese mismo año perdieron sus contradicciones, la falta del concepto claro de que para servir a una idea debe prepararse quien lo quiera a "sacrificarlo todo", incluso las ambiciones que parezcan más lógicas o naturales. Y también lo perdieron oscuros manejos. La tremenda justicia convino a la Patria; no se partió en facciones, la guerra civil debió esperar. Grave cosa hubiera sido el triunfo de las pretensiones que pensaba encarnar el general Piar. Marino, Bermúdez, Páez y otros jefes menores quizás no hubieran reconocido la jefatura de un hombre tan difícil de tratar y que en el mando militar perdía de vista el objetivo, para dejarse llevar por su ardiente deseo de combatir; aunque en lo político no había manifestado sino gran afecto al federalismo, al mismo federalismo que mal entendido tuviera parte en las calamidades de la República. Que hablaba de castas proviniendo de cepa mantuana; de colores cuando el suyo era sonrosado y azules sus ojos y cuando la guerra al dar a todos la posibilidad de morir por las mismas manos estaba borrando absurdas

creencias. Que se decía poco amigo del grupo caraqueño y en él tenía familiares. Que era olvidadizo de las necesidades del oficial subalterno y exigente en grado sumo cuando impartía órdenes y que alguna vez llegó a maltratar a jefes dignos de comprensión, como dicen que lo hizo con Soubllette. Con su jefatura la patria hubiera muy posiblemente vuelto al campo y a poco, a ser víctima de la firme conducción que Morillo estaba imponiendo. Reconocida la jefatura del Libertador, pudo éste volver su pensamiento a los asuntos militares. Su plan para el año que comenzaba era básicamente el mismo que siempre perseguiría: la búsqueda de la decisión sobre el centro. El centro norte de Venezuela contenía los dos puertos fundamentales del dominio español; La Guaira y sobre todo Puerto Cabello. Entre ellos Caracas y Valencia, la primera, ciudad que a pesar de los destrozos del año de 12 y de la emigración del 14, todavía era una fuente de recursos no despreciable; aparte de ser el asiento tradicional del poder y estar ligada en lo sentimental a cada venezolano. Su caída siempre era un golpe muy duro para el partido que la perdía. Valencia además de los recursos, era nudo caminero de grandísima importancia. El ejército real en fuerzas, debía oponerse a cualquier intento patriota de llegar a dicha zona pues podía arrebatarle el dominio del litoral y con eso imposibilitar o dificultar la llegada de refuerzos provenientes de ultramar.

El mismo año de 17, el Libertador legisla sobre secuestros y se crea el Tribunal correspondiente. Se decreta la libre navegación por el Orinoco. Se crearon los Consejos de Gobierno y de Estado, con lo cual los partidos de Cariaco comenzaron a ver caídas sus banderas y la República a marchar hacia una sólida legalidad. Se dispone sobre bienes nacionales y proveyó al mejor equipo y organización del Ejército. Páez en tanto ha jurado reconocer la autoridad de Bolívar. Puede así el Jefe Supremo encarar bajo mejores auspicios la ejecución de su plan, marcha al centro para lo cual contaba con las tropas de Zaraza. Pero la derrota sufrida por este general en el sitio de La Hogaza, le obliga a reconstituir sus fuerzas y a planear nuevas operaciones. En tanto, los realistas han perdido La Margarita y la rica más poco poblada provincia de Guayana, con las Misiones, los Castillos de Santo Tomás y la ciudad de Angostura. Conservan Cumaná y Barcelona, mantienen su autoridad en casi todo el Centro, el Norte y el Occidente de la Capitanía. Y en el

vecino Virreynato, salvo el Casanare, todo el territorio está con el rey. Grave es además para los realistas el reconocimiento de la autoridad de Bolívar.

Morillo también toma medidas políticas que van desde la publicación de indultos a la regularización de la administración de justicia, no sin pasar el levantamiento de una contribución forzosa. Mediante instrucciones personales impuso a sus tenientes de la situación y de sus ideas, dándoles normas operativas y ampliándoles ciertas facultades. Podía encarar más desahogadamente los asuntos de Venezuela porque en tanto, el gobierno peninsular parecía bien consolidado y en consecuencia podría atender mejor aquellos descuidados negocios de América. Pero, Morillo se ha enajenado la voluntad de los oficiales criollos, pues en cumplimiento de reales órdenes y complaciendo en parte su propio pensamiento, ha disminuido la influencia de éstos y desplazado de sus empleos a muchos. Por otra parte, hombre de infantería, cree más en sólidos batallones que en la acción de sus jinetes, muy disminuidos desde que Páez llegara al mando llanero. Obligado a prender y juzgar al famoso Morales, las experiencias de combate en Tierra Firme le aconsejan libertarlo y darle nuevo mando. En total, dispone de cuatro divisiones y de algunos cuerpos sueltos que podrían sumar un poco más de 12.000 hombres. Su cuartel general está en Calabozo donde se reúnen el batallón 1° de Unión, Compañías de Navarra y dos escuadrones de lanceros. El 2° de Unión, el batallón de Castilla, dos Compañías de Navarra, dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y tres escuadrones de lanceros sumados a los efectivos anteriores, formaban la Primera División, al mando de La Torre. Su despliegue abarcaba cerca de 50 leguas.

El límite Sur de esta División podía considerarse situado sobre la línea Camaguán-Calabozo-El Calvario-Orituco. En esta última región se encontraba un batallón de Regimiento de la Reina y alguna Caballería. La derecha del dispositivo general realista estaba formada por la 4ª división al mando del Coronel Aldana, dispuesto entre Nutrias y San Fernando. Dos batallones de Infantería: el Victoria y el 3° de Numancia, 3 escuadrones de caballería (Dragones de la Unión, Guías y Lanceros de Venezuela), entre Nutrias y San Fernando. En éste, el de Numancia, alguna artillería y tropa colecticia. La fuerza de la división era de 1.500 hombres.

Cubría un frente de 30 leguas.

Sobre el Portuguesa, en Camaguán, la 5ª división al mando de Calzada, compuesta por el batallón de Barinas y tres escuadrones de lanceros más los Dragones de Fernando VII; en total unos 1.000 hombres, enlazaba la 4ª división con la Primera y servía de socorro inmediato a San Fernando. Sobre la vecindad cercana de esta ciudad, en el río, los españoles dominaban el resto de la corriente con algunas embarcaciones bien tripuladas.

La 2ª división al mando de Morales, con los batallones Burgos, dos de Navarra menos las compañías destacadas a la orden de la Primera división, un escuadrón de lanceros, artillería y fuerzas sueltas que alcanzaban a 1.500 hombres. Las tropas de línea que guarnecían Caracas, Valencia y defendían la entrada a los Valles de Aragua por el norte de Calabozo, alcanzarían a 2.000 hombres para hacer un total de casi 4.000 hombres pero de muy diferente calidad. Entre Cumaná y Barcelona operaba el Coronel Jiménez con los batallones Clarines y Reina Isabel (800 a 900 hombres). En el mar, una flotilla trataba de asegurarse las costas.

Como se ve, la amplitud del dispositivo era muy grande, pero Morillo defendía con la Primera y la Segunda Divisiones, la zona vital de la Capitanía. Para tener ésta, era necesario romper a los realistas en el Centro, precisamente donde sus fuerzas eran mayores y susceptibles de reforzarse, además de la posibilidad de una concentración sobre ellas, de parte o todas las 5ª y la 4ª.

Sobre el Virreynato de Santa Fe, Morillo no tenía preocupación inmediata, a pesar de considerarlo cual la llave de los dominios del rey y haberlo señalado así, varias veces a la atención de su Gobierno. Allí estaba la 3ª División realista.

Las tropas patriotas comprendían el Ejército de Apure al mando de Páez y cuyos efectivos eran de unos 2.500 hombres. El centro del dispositivo de éste caía en la región de Achaguas, en su mayoría las tropas eran de caballería. Un solo batallón, el "Bravos de Apure" con 300 hombres representaba a la infantería.

Al mando de Sedeño estaban las tropas de Guayana, prolongadas hasta Caicara, con diez escuadrones de lanceros (800 jinetes). En Angostura, dos batallones de La Guardia, artillería de plaza y caballería al mando inmediato de Anzoátegui. Además la Brigada Valdez, formada por los batallones "Angostura" y "Barlovento". En los

castillos de Santo Tomás y en las Misiones se situaban algunas unidades de un valor efectivo aproximado de 600 soldados. La División alcanzaba así los 3.600 hombres, a los cuales debe sumarse el efectivo de la flotilla, 1.000 hombres al mando de Brión (flotilla de Alta Mar) y de Díaz (flotilla fluvial).

Casi en contacto con el dispositivo central realista, Zaraza disponía de los reagrupados de la derrota; en el Oriente, Monagas y Bermúdez presionaban sobre Cumaná y juntos dispondrían de unos 2.500 hombres

Ideas de maniobra:

Perdida la Margarita y sabedor de la derrota de La Torre en Angostura, Morillo regresó a Caracas y marchó al llano para abrir operaciones sobre Páez quien con gran tino evitó darle frente enganchándose en batalla formal y batiéndolo. Bolívar en tanto cruzó el Orinoco y sabedor Morillo de este movimiento, temeroso por sus comunicaciones, retrogradó a Calabozo, abandonando la presión sobre Páez. Vuelto La Torre a Tierra Firme y en mando frente a Zaraza, lo derrota en La Hogaza, "descabezando" el planteamiento inicial del Libertador. Morillo asegurado Calabozo, marchó a Caracas en busca de más y mejores medios para su Ejército. Consideraba el Pacificador que la más grave amenaza para sus tropas lo era una posible reunión de Páez y el Libertador, pero imposibilitado de impedirlo, se decidió por la lógica idea de oponerse en fuerza al acceso de estos caudillos sobre la dirección de Calabozo-Caracas. Ello, en cierto modo era abandonar la iniciativa a los patriotas, subordinarse a la acción enemiga.

Fracasados sus planes primitivos Bolívar decidió reunir rápida y secretamente, sus fuerzas con las de Páez y sin forzar San Fernando, marchar juntos sobre Morillo para sorprenderlo y batirlo en el Guárico. Abriríase en esta forma el paso definitivo hacia la zona que combinaba mayor población y recursos, los puertos y el asiento del poder político. La destrucción de la fuerza de Morillo pondría fin a las operaciones en grande escala, todo el resto realista caería a poco. "Buscar al enemigo donde quiera que se encuentre, marchar sobre él, destruirlo y terminar para siempre la guerra que desoía a Venezuela". Tal era su idea y tal lo expresaba.

Al efecto, el 15 de diciembre de 1817 comunicó a Páez su decisión, y reunidas las fuerzas disponibles, salió el 31 del mismo mes hacia el Apure, para efectuar su reunión con Páez. 39 barcos de todo tipo formaban la flotilla en que se transportaba la Guardia e impedimenta. El 1^º se racionaron las tropas en Isla de Borbón, de donde el Libertador seguiría, adelantándose, a Bocas del Pao. El Ejército por no haber llegado Sedeño, continuó su movimiento a las órdenes de Monagas y Manrique se encargó del Estado Mayor. Sus efectivos quedaron organizados en 6 batallones y 10 escuadrones. Debían emprender la marcha por la orilla del Orinoco, en formación tal que impidiera la desertión de las tropas de oriente y que permitiera la rapidez suficiente para alcanzar las bocas del Caura antes de siete días. La impedimenta continuaría por el Orinoco. El paso de éste consumió tres días y la operación, primera en su género y de tal envergadura en territorio nacional se hizo satisfactoriamente. Pasaron 3.000 hombres y más de 1.800 cabalgaduras y bestias de carga. El movimiento se continuó con viento favorable y sin mayores inconvenientes. Desde el Pao a La Urbana, adonde llegó el ejército el día 22 a las ocho de la mañana el recorrido había sido de ochenta leguas. Y debía prepararse" para efectuar el doble paso del Orinoco y del Arauca cuyas bocas se veían desde las orillas de La Urbana. El mismo 22 se comenzó el cruce que presenció Bolívar dirigiéndolo cuando fue necesario y pasado el Orinoco, hicieron lo mismo con el Arauca y luego de marchar por la orilla de éste una legua, lo volvieron a cruzar mediante un puente de embarcaciones alistado por Páez. El 30 de enero de 1818 el ejército llegó al hato de Cañafístola, donde Páez vino a encontrar por primera vez al Libertador. La marcha se terminó el día 1^º de febrero en la inmediata vecindad de San Juan de Payara. Esta operación ha sido comparada por el doctor Lecuna con movimientos efectuados en Europa por grandes capitanes y en Colombia el General Vergara y Velasco, en fines de siglo dijo de ella lo siguiente: "Es el caso de observar que la tan ponderada marcha del Libertador desde Angostura hasta San Fernando es una operación militar sin mérito ninguno". "Porque no rebasó nunca los límites de lo posible". Luego escribe que tropas de su país han hecho, combatiendo y por terrenos muy quebrados marchas más largas. Sin entrar en mezquindades o en alabanzas que por envolverse en extraños nombres, en este caso

nada más que el de Eugenio de Saboya, molestan mucho a los mezquinos, diremos que como suele suceder la verdad debe situarse en un término medio. El movimiento realizado aunque fuera de la presión del enemigo, es de muy buena realización, es el primero en su género y envergadura, como ya dijimos, que se haya hecho en la América del Sur, las tropas marcharon diariamente etapas similares a las "de los grandes ejércitos europeos" de la época y a pesar de que sus efectivos fueron relativamente pequeños, lo eran grandes para nuestro país y operaciones. Añádanse las preocupaciones de una tropa insegura, propicia a la desertión, las fiebres, lo rudimentario de las embarcaciones, la marcha por terrenos desprovistos de caminos y con mala alimentación y mucho calor. Cualquier buen General se hubiese contentado con los resultados, ciertamente no excepcionales, de la marcha. Sólo los Generales excepcionales pueden exigir cosas excepcionales. Pero recordemos que el odio político suele bajar de sus pedestales a las estatuas, aun aquéllas del más noble y debido bronce.

El ejército descansó tres días que se aprovecharon también para re

montar la caballería y para rápida reorganización. El 6 de febrero llegaron las tropas frente al paso de Diamante al Este de San Fernando de Apure. Sin embarcaciones para efectuar el paso, un audaz golpe de mano dirigido por el Coronel Aramendi arrebató a los realistas las flecheras necesarias quitándole a la vez, medios de acción sobre el río. El siete de febrero Bolívar envió sobre Guayabal un Escuadrón de Húsares el que regresó el siete, cuando el Ejército pasaba por Diamante, con la noticia de haber derrotado a la partida enemiga que custodiaba el paso del Orituco. El Libertador envió a San Fernando un parlamentario exigiendo la rendición en términos muy duros. Quero rechazó la intimación.

Pasado el río el ejército tomó su dispositivo de marcha, pues Bolívar no quiso sitiar a San Fernando, pues esperaba que cayese sin mayor esfuerzo luego de derrotar la fuerza principal española. En las sabanas de Copié se revistó una fuerza que alcanzaba a 4.500 hombres.

Morillo en tanto, había procedido con singular energía para reunir fuerzas y equilibrar las pérdidas resultantes de su expedición sobre Páez. Dio todo apoyo a Calzada para actuar en Barinas y sobre Mérida. Y encargóle especialmente reorganizase su caballería. Calzada era grandemente apreciado por el Pacificador quien lo consideraba "valiente, práctico en las Provincias, con gran influjo sobre los habitantes, a cuyo carácter y costumbres sabe atemperarse, es más a propósito para manejar grandes reuniones de gentes del país que para mandar una división de europeos". De paso observemos la palabra "reunión" en oposición a la de División... No pensaba lo mismo mucha de la oficialidad, porque sabían que Calzada, era cruel y poco instruido. Se trasladó Morillo luego a Valencia y a La Victoria a fin de recabar más auxilios en vista de las operaciones que proyectaba. Obtenidos algunos recursos, marchó a San Carlos. Allí cuando con Calzada se preocupaba por la "reconquista del Apure y del Arauca", le llegó la noticia del paso del Apure por los patriotas y parece imaginó que la acción de éstos sería exclusivamente sobre San Fernando. Trasladóse rápidamente a Calabozo donde llegó el día 11 de febrero de 1818.

El 10 de febrero, los patriotas pasaron por el paso de Altagracia, rumbo a Calabozo, después de haber vivaqueado en Laguna de Zamuros el 9 en la noche. A las 15 horas del mismo 10, reiniciaron su marcha llegando a Pavones y el 11 de febrero después de marchar más de 50 kilómetros llegaron a Laguna de Tres Moriches, situada a unos 8 kilómetros de Calabozo. Habían marchado unos ciento cincuenta kilómetros, en aproximación lejana, de gran efectividad. Morillo quien estaba a dos leguas del dispositivo de Bolívar, lo ignoraba.

El general español se había instalado en Calabozo protegiéndose mediante fortificaciones de campaña. Vencerlas implicaba asalto. Vale decir buena infantería apoyada por artillería. Pensaba Morillo moverse sobre San Fernando pues el 8 supo la reunión de los caudillos independientes. Sus fuerzas sumaban unos 2.300 hombres, de los cuales, fuera del recinto ciudadano estaba el Batallón de Castilla (500 hombres) en la llamada Misión de Arriba (Caserío de los Ángeles) a unos tres kilómetros al Este de Calabozo y dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y 100 Cazadores de Navarra en la Misión de Abajo (La Trinidad). El resto en

Calabozo con Morillo. Recordemos que el Ejército Libertador se organizó así: Brigada Valdez con los Batallones "Barlovento" y "Angostura" (600 hombres), Brigada Monagas con el 2° de Barcelona y 3 escuadrones, en total 695 hombres. Guardia de Honor con 726 hombres. División de Sedeño en dos Brigadas de tres escuadrones cada una con un total de 600 hombres. La llamada columna de Sánchez con los batallones del Bajo Orinoco y de Guayana y un escuadrón, total 750 hombres. Para sumar todo el Ejército unos 4.000 soldados. Tenían los patriotas superioridad numérica y en especial una excelente caballería.

En la madrugada del 12 avanzó el Libertador sobre la ciudad y se presentó frente a ella, formándose en batalla. Al chocar su descubierta con una partida realista produjéronse los primeros fuegos los cuales sorprendieron a Morillo. En efecto, el Libertador se había procurado la sorpresa táctica. Las tropas españolas situadas en las Misiones estaban amenazadas, por lo cual Morillo trató de facilitar su ingreso en la ciudad, para esto dispuso sus tropas frente a los patriotas, apoyados en las fortificaciones y él, con unos 200 hombres y su piquete de Estado Mayor y Oficialidad, salió a reconocer. Adelantóse el Pacificador luego de emboscar sus 200 hombres, y Páez quien en la vanguardia había identificado al grupo, lo cargó, salvándose Morillo, gracias al sacrificio de un oficial de su Estado Mayor quien se interpuso entre la lanza de Aramendi y el general, resultando muerto. Corrieron los españoles hacia la tropa emboscada, rompió ésta el fuego, de cuyos efectos se interrumpió la persecución, a tiempo que el Batallón de Castilla, en correcta formación, protegido por un piquete de caballería, se movía rumbo a Calabozo. Reunió Páez a su gente y cargó sobre el nuevo objetivo derrotándole la caballería y cayendo sobre el Castilla. El cual lo recibió con fuego de tres filas rodante. Reforzado Páez, fijó al batallón español y lo hizo pelear con jinetes a pie, lanza en mano, procedimiento conveniente cuando la infantería comienza a desordenarse o huye. Mal andaba el Castilla cuando le llegó en socorro el de la Unión que se movió de la línea y aprovechando la coyuntura desengancharon los realistas a costa de todos sus bagajes y fuertes pérdidas.

A su vez, las fuerzas de la Misión de Abajo, buscaron también reunirse con sus gruesos, mas, avistados, se les interceptó con la gente de Lara y con el batallón

Barcelona, los Húsares fueron deshechos y a los cazadores, desordenados y en fuga los cazaron "como a liebres". Tres compañías del Navarra enviadas por Morillo en su socorro fueron a su vez cargadas y desordenadas. En la persecución los patriotas llegaron hasta las fortificaciones de Morillo. Este había sido sorprendido y sus avanzadas derrotadas y prácticamente destruidas a muy bajo costo, ya que la pérdida de los patriotas fue mínima. Morillo se refugió encerrándose en la ciudad. Este encuentro se conoce con el nombre de Batalla de Calabozo: su resultado inmediato había sido el de aislar a Morillo, sin mayor caballería, dentro de Calabozo y con poquísimas posibilidades de ser socorrido.

Terminado el combate, Bolívar acampó en la orilla del Orituco, hacia la dirección del Rastro, no sin dejar sobre Calabozo, en observación a los jinetes de Iribarren. Luego, el 13 en el mediodía, las tropas marcharon por el camino de San Marcos hacia el Rastro. Morillo, al saber la marcha patriota, resolvió a su vez abandonar la ciudad y buscar terreno más favorable y socorros. Al efecto, como los jinetes de Iribarren en la noche del 12 al 13, se replegaron hacia la Misión de Abajo para pernoctar, supuso, con razón, que igual cosa harían al día siguiente y se preparó con la mayor celeridad a marchar hacia el norte. Gran parte de su impedimenta, artillería, armamento y pólvora fueron destruidos para que no cayese en manos patriotas.

Los reconocimientos realistas, la quema de pertrechos, toda aquella agitación que precede a una operación casi desesperada, escaparon a lo que parece a la observación de la gente de Iribarren.

A la medianoche del 13 salió el ejército realista de Calabozo por columnas acoladas, en el intervalo marchaban muchos vecinos, los enfermos y algún bagaje. Morillo a pie, por haber prestado sus caballos y querer compartir el sacrificio de su tropa, iba a la cabeza. El ejército tomó el rumbo del Sombrero. El 14 a mediodía llegaron a la Uriosa. Los patriotas habían dejado salir a Morillo cosa hasta conveniente si lo interceptaban en terreno propicio para la acción de su numerosa caballería, pues podrían batirlos sin necesidad de un sangriento combate en las calles.

Iribarren dio el parte de la novedad en la mañana del 14 y se produjo en el Cuartel General patriota un fenómeno disciplinario que impidió al Libertador cortar a Morillo la vía del Sombrero. Dícese que Páez con el apoyo de algunos de sus amigos, prácticamente rehusó la debida obediencia a Bolívar quien se vio en la necesidad y obligación de marchar hacia Calabozo, alejándose del enemigo, para evitar que Páez lo abandonase en pleno desarrollo de tan importantes operaciones. Este movimiento increíble y que inicia los más trágicos errores de una Campaña que hasta el momento era exitosa, es uno de los hechos más criticados en la vida del Libertador. Páez niega en su Autobiografía los cargos, pero sabemos que sus memorias como las de muchos, por ser escritas años después, encierran algo de maldad y mentiras convenientes a su autoalabanza. O'Leary carga contra Iribarren acusándolo de descuido en el servicio y responsabilizándolo de gran parte del desastre. Iribarren es posible que haya vigilado mal a los realistas, pero dio cuenta del movimiento a tiempo de intercepción y por ser un Jefe subalterno ninguna responsabilidad tiene de la "orden fatal". En el diario de operaciones se dice: "Al saber Su Excelencia la noticia, se ordenó la marcha para Calabozo de todo el ejército, a fin de asegurarse de la dirección tomada por el enemigo". En estas líneas se admite que no se había observado a un grueso de 2.500 hombres, que llevaba emigración e impedimenta, y que no se sabía su rumbo en el Cuartel General del Rastro. Ello sí es una crítica para la gente dejada frente a Calabozo. Pero cómo y para qué ir a Calabozo si el rumbo lógico del enemigo es el de la entrada de los Valles de Aragua. ¿Por qué no salirle al paso? La incógnita no se despeja en dicho documento. Pero en el Boletín del 17 de febrero se dice: "Se dirigió el enemigo al pueblo del Sombrero por el camino más montuoso, y antes de amanecer, habiendo sido observado el movimiento por nuestros puestos avanzados, se mandó mover el ejército en su persecución".

Según este Boletín sí hubo observación e informe y el ejército se movió para perseguir a Morillo, pero precisamente en dirección contraria a su verdadera dirección de huida. No puede precisarse hoy de quién fue la responsabilidad del retraso en la persecución el cual se debe a la marcha sobre Calabozo. Nótese que no hemos dicho nada sobre el abandono del contacto inmediato sobre Morillo en

Calabozo y que otros han criticado, pues ese movimiento permitía al conde de Cartagena salir hacia el Sombrero "por el camino más montuoso", pero alguno lo ha justificado exponiendo la necesidad de pastos que tenía tan numerosa caballería, creemos más bien que favorecer la salida de Morillo era lo conveniente a fin de evitar un combate en la ciudad, costoso por las fortificaciones, por la artillería y por el desespero de una tropa que debe combatir hasta morir. Pero a condición, claro está, que dicho movimiento implicase salir sobre Morillo y darle batalla en el llano, donde su infantería hubiese mal combatido a los jinetes de Páez. La operación sensata hubiese sido la de salir sobre Ortiz. Idea que aparece en la relación de Briceño Méndez cuando dice: "El General Bolívar supo el movimiento al amanecer del día siguiente e intentó una marcha recta y breve para interponerse entre el Sombrero y el ejército español, pero algunos de sus generales se opusieron a esta operación". De paso absuelve a Iribarren del cargo de no informar la dirección de marcha pues claramente lo nombra. Páez trata también de desvirtuar la acusación que le hiciera un cierto Pernaleta de que su oposición a seguir al Libertador se debía a su ansia de saquear la población. En total, el Libertador como Jefe Supremo tiene la responsabilidad de lo sucedido, pero debe tenerse en cuenta la negativa de Páez a quien no se le hicieron cargos ni se le harían nunca, pues su fuerza e influencia crecerían en desmedro de las del Libertador.

Retardóse con esto la persecución, la cual se inició el 14 tarde. Finalmente la descubierta patriota alcanzó a los realistas en La Uriosa, donde se habían detenido para comer. La Guardia de Páez batió a los jinetes españoles que trataron de contenerla y cayó sobre el Unión (este batallón sería más tarde el famoso Valencey) quien con un fuego bien sostenido la contuvo. En este intervalo, Morillo reanudó su marcha modificando el dispositivo y sin esperar a muchos de sus hombres, los que fueron alanceados. El español se dispuso en tres columnas y cubrió el intervalo de éstas con alguna caballería, por delante echó la emigración y bagajes. La caballería patriota persiguió a los realistas hasta las dos de la mañana del 15 de febrero, casi hasta el llano de Mosquitero, no pudo continuar debido al cansancio de los caballos. Más adelante, en la laguna del Zamuro, hizo alto Morillo, y alrededor de las cuatro de la mañana, reanudó su marcha. La infantería

patriota había marchado del Rastro a Calabozo y luego por mala dirección de marcha, se extraviaron y se metieron por el camino del Calvario, por lo que llegaron a la Uriosa muy tarde.

La caballería de Páez continuó atacando a las columnas realistas al amanecer, pero Morillo temeroso de dejarse enganchar aceleró su aire hasta llegar al paso del Samán (sobre el Guárico) a las 7 de la mañana. Aquí seguramente pudo respirar con menor opresión pues abandonaba el temido llano abierto para entrar en un terreno favorable al combate de la infantería, en el que podría equilibrar a la fuerza patriota, de caballería desprovista casi de armas de fuego, inepta al combate a pie. Y de inmediato ordenó a la emigración e impedimenta continuar la marcha mientras se preparó para combatir y contener a los jinetes patriotas, cuyas caballerías ya iban resintiendo la fatiga.

El ejército patriota dislocado por la marcha, cansado, llegó a la orilla del río casi al mediodía y parte se desordenó, abandonando las filas y se lanzó a beber en el río donde sufrió del intenso fuego realista. Estos se habían dispuesto de manera conveniente a la defensa del paso, con el "Castilla" a la derecha, en el centro el de "Unión" y en la izquierda un batallón de "Navarra", los cazadores del Unión y la caballería. En los canchales del río, sobre los posibles pasos, se desplegó el otro batallón de Navarra. La acción comenzó a las 10 de la mañana, de manera frontal sin que se buscara ninguna otra solución, con un fuego muy nutrido el que a poco causara sensibles bajas. Trató entonces Bolívar de flanquear a Morillo tomándole la izquierda del paso, pero los realistas rehusaron el ala y en el mismo momento cargaron sobre la Guardia conteniéndola, hiriendo a Anzoátegui quien la mandaba y finalmente rechazándola.

Ante la imposibilidad de forzar el paso, trató Bolívar de atraer a Morillo fuera de su posición bien defendida y para ello se retiró al llano claro, pero el Jefe realista bien seguro de sus defensas, permaneció en la posición hasta el anochecer cuando, al abrigo de una retaguardia levantó su campo y marchó en dirección de Barbacoas. Donde descansó. Con el éxito de su combate y el subsiguiente despegue, los realistas aseguraron su acceso al centro. La primera parte de la tan bien proyectada Campaña fracasaba para los patriotas. Y se perdía la oportunidad

de entrar en los Valles de Aragua.

Bolívar quedó al frente de la posición abandonada (oeste del Sombrero) hasta la madrugada del 17, cuando pasó el río y ocupó el pueblo. Los patriotas destacaron un reconocimiento sobre Barbacoas y luego se establecieron en el Sombrero y alrededores hasta el 22 cuando regresaron a Calabozo. Es conveniente anotar que Páez y Sedeño, desde el día 18, se separaron del grueso para remontar en el mismo Calabozo, la despeada caballería. Bolívar permaneció en Calabozo desde el 22 al 26. El 27 y el 28 se mantuvo en Guardatinajas y en marzo estaba en el Hato de San Pablo, en el que decide convocar un consejo de guerra para deliberar sobre la continuación de las operaciones. Desde el 23 de febrero nombra a Páez Gobernador de Barinas, autorizándole para que tomara San Fernando. En la reunión del Hato, los pareceres fueron contrarios. Urdaneta con gran sinceridad y sentido práctico, recomendó dar por terminada aquella campaña y consolidar el llano para la República, tomando San Fernando, Barinas y enviando auxilios al Casanare. Prepararse para batir a Morillo en el llano, puesto que el general español tendría que abandonar los valles de Aragua para venir sobre los patriotas. Pero el Libertador considerando las bajas sufridas por los realistas, su estado de ánimo y la conmoción ocasionada por la noticia de su penetración hasta el Sombrero en las poblaciones, especialmente en Caracas y de que Morillo sin reunir fuerzas se situaba en Valencia, decidió continuar la campaña y buscar batalla hacia la dirección de Caracas. Este consejo se efectuó el día 6 de marzo de 1818 con el ejército ya concentrado en San Pablo y alrededores (cerca de Ortiz).

De aquella reunión salió la confirmación de la idea del Libertador: continuar la campaña hacia los Valles de Aragua, decisión a todas luces arriesgada y para algunos improcedente. Morillo gracias al tiempo que se le brindara pudo reconstituirse y esperaba la penetración de los patriotas defendiendo su área vital: la zona Valencia-Puerto Cabello. Dejó prácticamente vacío el centro de los Valles, pues el general Morales tenía orden de replegarse al menor intento sobre los gruesos de Morillo, mientras La Torre debía hacerlo sobre la dirección de Caracas, quedarían así las fuerzas republicanas listas para ser cortadas y obligarlas a dar batalla "en cualquier parte" sobre terreno favorable a la infantería realista. Y si el

Libertador hubiese empujado sus tropas para amenazar Caracas por la vía del Tuy, listo a cambiar su línea de comunicaciones bien por el litoral de oriente o por el acceso de Chaguaramas, la operación lejos de ser decisiva hubiese tenido el carácter de un raid en fuerzas, ciertamente conveniente al crédito patriota pero con los mismos problemas para sus caballerías que serían afectadas por los suelos duros... A qué seguir esta "malhadada campaña" cual la bautizara Baralt. Cuando los patriotas dejaron salir a Morillo, éste a pie por la llanura llevaba la suerte de las armas del rey. Destruído, Venezuela hubiese sido libre casi tres años antes, con el consiguiente ahorro de vidas y energías. La contramarcha a Calabozo y la interrupción de la penetración tras Morillo cuando los combates del Sombrero son falta gravísima indigna de las cualidades de Jefes que Bolívar y Páez tenían. Salir al encuentro de los realistas, ganándoles el camino de Aragua era operación lógica y que hubiera acarreado la ruina del mejor y más duro jefe militar español que combatiera en la América del Sur.

Alcántara hizo la campaña en el Estado Mayor del Libertador. Salvóse en la Puerta con algunos jinetes de la gente de Zaraza y a poco pudo incorporarse por los alrededores de San Juan de los Morros al Libertador. La República pudo continuar contando con sus Jefes, Oficiales y casi todas las tropas del Ejército gracias al lancero desconocido que a costa de la vida bajó del caballo al Conde de Cartagena, y cuando se pasa por aquel pequeño campo, cosa hoy muy rara, nada lo recuerda, pues Venezuela es poco afecta a conservar lo que ella más vale.

Sigue a Bolívar a la Angostura y de allí lo acompaña al Arauca, donde lo encontramos en momento crítico, pronunciando las palabras proféticas que se hicieron verdad y que se guardan en la historia. Cuando la célebre Campaña Libertadora de la Nueva Granada, tiene el mando de la Primera Brigada compuesta por los batallones Rifles y Barcelona y de los Guías de Apure.

Luego por orden de Bolívar, desempeña comisiones para avivar el espíritu patriótico, para acelerar el arribo de reclutas y restablecer la autoridad de la República, contribuye no sólo con el esfuerzo y el valor sino colaborando con acertadas gestiones al triunfo de la audaz operación.

Al reorganizarse el Ejército se le dio el mando de un Batallón en Bogotá. Y en

tal mando chocará con el General Francisco de Paula Santander. Su enemistad sobrevive en la correspondencia del Vice-Presidente. Criticábale Santander descuido en el servicio porque algunos soldados de su unidad desertaron y armados se constituyeron en especie de partida en los alrededores de Bogotá. Alcántara criticaba a Santander acusándolo entre otras cosas de descuidos administrativos por los que el racionamiento de las tropas se retardaba o era muy irregular, ocasionando murmuración y descontento causales en parte de la deserción que tanto preocupaba. Llegóse al extremo de escribir Santander lo siguiente: en fecha 30 de setiembre de 1820: "Aquí he estado en chambranas. Desertores de Alcántara armados se habían convertido en salteadores alrededor de la ciudad"... "El banquillo ha comenzado a ser visitado y lo ocuparán algunos"... "Si para esto tenemos un Coronel Alcántara que ignora lo que pasa en su cuartel: que le roban los fusiles como lo han hecho aquí y él no lo sabe, muy fácilmente se puede armar una partida de descontentos"... (Al Libertador). Pero, en una carta anterior ya había revelado cuánto lo molestaba el Coronel Comandante del Batallón "Bogotá", pues en ella le dice a Bolívar: Salió Bogotá bien equipado y con 915 piezas útiles; quedan enfermos y he mandado reunir 400 reclutas para mandárselos amarrados para reemplazo. Yo aseguro a Ud. que si Alcántara fuera para el caso, el Batallón había sacado 1.200 plazas de las 1.800 que le he dado en cinco meses; pero no todos sirven para todo". Y en un párrafo más adelante, agrega: "Con 2.500 fusiles liberta a Quito cualquiera, hasta Alcántara"... (Al Libertador, 4 de setiembre de 1820). Esta carta muy de la pluma de Santander, recibió la siguiente contestación: "La crítica sobre Alcántara es muy fina, y me gusta porque es sobre un hombre insoportable por sus chismes". Bolívar. (17 de agosto de 1820). Esta apreciación de doble filo, pues acepta y hasta alaba la crítica y de paso advierte que Alcántara es chismoso y que por lo tanto no teme decir lo que cree la verdad aunque el sentido de chisme le agregue lo de malévolo, es duro para Alcántara, revela que Bolívar ya sufre de una deformación que sufren quienes alcanzan grandes alturas: es difícil decirles verdades desagradables. "Cuando se llega al Poder, ni se ve ni se oye", dirá más tarde un Presidente de Venezuela y Bolívar no oirá a quienes quieren decirle de las mudanzas de los hombres y de los pueblos... Sin embargo la carta

surtió efecto pues vimos que las críticas se hacen más suaves, pues en ella le dice al Vicepresidente que existen hombres capaces de hacer llegar su pensamiento hasta el Jefe Supremo. En cuanto a la toma de Quito con 2.500 fusiles, la historia se encargará de probar a poco que no es tan fácil como lo cree el Vicepresidente. También se desprende de la correspondencia que el "Bogotá" era posiblemente un batallón de instrucción de reclutas, los que para marchar hacia Venezuela debían venir "amarrados", cosa que se encuentra en las instrucciones de los Jefes, de manera frecuente. Y entonces cómo prevenir la desertión de un personal reacio y con qué razones, a salir del propio país, ignorante en grado sumo y sin el conocimiento claro de la finalidad por la cual se combate. Las medidas de vigilancia pueden mantenerse especialmente en zonas donde la propia vida peligra y vemos a diario cuántas vidas se pierden porque el cansancio pasa por encima del instinto de conservación. En guarnición, con tropas descontentas por el mal racionamiento y por la idea de salir de sus lares a tierra extranjera sólo los más severos castigos temperan los ánimos. Y cuántas veces la pena de muerte de la que tanto uso se hacía era insuficiente.

La pugna con el General Santander mostró a Alcántara lo que se venía comentando: el general granadino alcanzaba ascendiente y privanza en el ánimo de Bolívar. Esta influencia ocasionó distanciamiento entre Alcántara y la conducción política del Libertador, pues la creía afectada por el pensamiento de aquél. Más tarde surgirá un factor que lo separará completamente de ella: la propensión de Bolívar de aceptar mandato en nombre de los pueblos pese a cuáles fueren las circunstancias. Además como lo escribiría, la administración le parecerá "lejana e inadecuada". Todo ello sin desmedro de la gloria de quien para él seguiría siendo el hombre más grande de la América, campeón de la libertad, "cual otro Washington" como en difíciles circunstancias afirmaría.

El 24 de enero de 1820 el entonces Coronel Antonio Obando, "tuvo un suceso desgraciado", era Comandante de la División y Provincia de Popayán, fue derrotado y se le nombró Consejo de Guerra por haberse dejado sorprender y dispersar. Este Consejo en 13 de mayo, presidido por el general Miguel Pey y con los Jueces Coroneles Francisco Xavier González, Francisco de Paula Alcántara y

Tenientes Coroneles Mares, Nariño y González y siendo Auditor el Doctor Vicente Azuero, oyeron los descargos y defensa del citado Obando y luego lo absolvieron. Para algunos historiadores, Obando era un "oficial inepto", colocado en aquel punto por razones de amistad. Y su derrota se debía a no hacer caso de los rumores sobre la aproximación de Calzada que circulaban desde 8 días antes. Por cierto que este señor Coronel es el mismo que durante la Campaña Libertadora de Nueva Granada, cuando Santander les consultó a algunos oficiales, de orden del Libertador para conocer de su espíritu y sostener el objetivo, Obando se declara presto a disolver su batallón, a internarse y enguerrillarse y que el Libertador podía devolverse... Precisamente, cuando lo lógico y necesario era pasar de la guerrilla al Ejército, operación delicada, cara a los discípulos de quien la describiera magistralmente, el digno sucesor de Tsung-Tze, Mao-Tse-tung... Anotemos en su descarga que en aquella ocasión se le sorprendió en su buena fe. El mismo describiría la marcha sobre Tunja en dicha Campaña: "marcha salvadora de la Patria". Sería enconado enemigo de Bolívar.

En octubre de 1819 Bolívar ordena se distribuya la recluta del Socorro entre los batallones de Boyacá y Línea, "quedando en el mando de este último el Coronel Alcántara, cuyo cuerpo se llama hoy "Tiradores de Nueva Granada", y termina diciendo: "El sistema de Regimiento no es de mi aprobación" (oct. 4 de 1819). Ello porque se le había planteado ese problema orgánico. Tratábase ya de los preparativos para volver a Venezuela; Alcántara debía seguir con dicha recluta para Cúcuta. Debe notarse que el mando del Tiradores fue iniciativa de Soublette, pues el Libertador quería que Alcántara se encargara de solos reclutas y Soublette le representó lo siguiente: "Además resulta el inconveniente de que un batallón de solos reclutas, como el que va a formar el Coronel Alcántara, sin un cuadro de oficiales y clases capaces de instruirlo, es un batallón de nombre y que tardará mucho para poder entrar en operaciones en provecho y me atrevo a proponer a V. E. que si los deseos de V. E. son que el Coronel Alcántara se encargue del mando de un batallón puede dársele el del 1º de Línea de Nueva Granada"... (27 set. 1819). Soublette. Roto el armisticio, a pesar de las dificultades para reunir y mantener un ejército poderoso capaz de dar *batalla* decisiva, se impone el buen juicio de Sucre,

quien en gran parte, quizás en todos sus lineamientos, había trazado y definido el plan de marchas y concentración previas y definitivas, para alcanzar el Centro en fuerzas y presentar batalla que debía ser la última para las tropas del rey. Alcántara había alcanzado a Barinas y estaba entre la oficialidad del Estado Mayor, pues había venido de Mérida enfermo. Dicha enfermedad era una repetición de los males que le aquejaron en la misma Mérida el año de 1820, en noviembre para ser exactos y que le impidieron cumplir con la comisión que le diera el Libertador. "Alcántara va con un oficial español para notificar el armisticio en el Sur, y, afortunadamente, el último nos puede servir bien, porque es alegre y divertido", Bolívar. De paso es de observar que parece que Alcántara por esos días no "era alegre ni divertido". Pero el 21 de diciembre Bolívar escribe a Santander:... que "dé Ud. orden, tanto al general Valdez como al oficial parlamentario que lleva nuestros pliego y acompaña al oficial español, que hagan alto los parlamentarios hasta que llegue allá el Coronel Encinoso, que es el que va encargado por mí de cumplir la comisión conferida al coronel Alcántara, quien enfermó en Mérida, según he sabido hoy".

Y de esa enfermedad se encuentra rastro en la correspondencia de algunos próceres que esperaban al Coronel en Barinas para recibir la recluta que traía, añadían de paso, opiniones sobre Alcántara; Es "individuo de cuidado"...

Todos aquellos aprestos de reclutas y la orden que se impartiera en 13 de setiembre de 1819, para que Cruz Carrillo diera a Alcántara "con la posible brevedad", todos los auxilios en "vestuarios, gorras, fornituras, dinero", se debían a que se creía en un avance enemigo por la vía de San Camilo y a que el Libertador preparaba una operación sobre Maracaibo que se interrumpiría por el armisticio.

En la marcha hacia el centro viene Alcántara como Ayudante General de la División de Sedeño y en el desempeño de esta cargo asistirá a la reunión de Buena Vista y será testigo de la decisión del Libertador, sujetar a los realistas por el frente y envolverlos por su derecha. Invitados los Jefes a tomar un rápido refrigerio, partidos los oficiales con las órdenes preparatorias, se sucede la escena pintada por O'Leary: Sedeño y Plaza todo el tiempo permanecieron silenciosos, tanto que alguien lo observó. ¿Qué le pasará al General Sedeño que hoy está tan callado? Y Sedeño, pronto, contestó: es que estoy pensando que buen muerto va a

hacer esta tarde el Coronel Plaza... Y Plaza amoscado, y yo qué barbaridad va a hacer el General Sedeño para que lo maten... Sedeño cae sobre las líneas de Valencey, Alcántara es testigo de la noble acción del bravo Don Tomás García, quien hizo salir de sus cuadros un tambor para que le "sostuviera la cabeza a aquel valiente..."

En la tarde, al mando de la División, Alcántara envía al Libertador, un oficio, fechado en el mismo campo inmortal, dándole cuenta de haber recibido "al ejército realista preso en Carabobo".

EL GENERALATO

(1821-1830)

El 28 de junio de 1821, Briceño Méndez escribe a Marino que "S. E. el Libertador ha sabido con dolor y sorpresa, que ni han salido partidas a recorrer el campo de Carabobo y los bosques inmediatos, a recoger los dispersos, las armas y demás elementos de guerra que han quedado después de la batalla: que no se han arreglado los gobiernos de los pueblos libertados: que los prisioneros tomados en el campo y los que se han presentado después están sueltos en plena libertad... y últimamente todo está en un abandono y desorden absoluto". Por lo que Bolívar resuelve que Marino se encargue solamente del mando del Ejército que está en Valencia y que bloquee Puerto Cabello, que Salom pase a Jefe de Estado Mayor y que "el señor Coronel Alcántara venga a encargarse de la Comandancia General de los Valles de Aragua, autorizado para organizar el gobierno civil de ellos: para hacer secuestrar y velar sobre la administración de los secuestros, y sobre los muchos almacenes e intereses del estado que hay en ellos: para establecer la posta en la dirección de Caracas a esa ciudad, y a los llanos por Villa de Cura. En una palabra, el Coronel Alcántara debe volar a ejercer esta Comandancia y trabajar incesantemente todos los ramos que se le confían, hasta que lo ponga todo en el mejor orden".

Luego lo autorizaba a publicar bandos para que los dispersos de Carabobo se

presentasen y a enviar partidas para recogerlos y añade: "que se pongan en seguridad, pero sin molestarlos ni maltratarlos de ningún modo, inspirándoles confianza, y prestándoles los socorros que les son debidos". El Libertador, terminaba la guerra grande de Venezuela, se preparaba para reconstruir la patria y su primer pensamiento era hacer efectivos los acuerdos que más tarde desconocerá el nefasto brigadier Morales.

El 6 de julio de 1821 el Libertador reorganiza el departamento de Aragua y le avisa nombrará un Jefe para la Costa de Ocumare. Le ordena buscar los barcos que en otro tiempo tenían los españoles sobre la laguna, por Güigüe (que todavía cae en su Comandancia) y que recoja todas las armas y pertrechos que existan. Pone a sus órdenes al batallón "Carabobo" cuyo primer Jefe es Brandt.

Pide Alcántara que se le dé en custodia unas tierras pues desea reunirse con "mi mujer e hijos que ha más de 10 años que viven sin mi auxilio (en miseria) por el amor constante a mi patria", estas gestiones se le resolverán mucho más tarde y sólo le concederán por el valor de 3.000 pesos.

Hace buen gobierno, lo provee de acuerdo a las instrucciones de Bolívar quien en julio de 1821 había girado lo siguiente: "Entre la alternativa de confiar los destinos a unos egoístas que con el sublime título de patriotas se creen dignos de todo y no obligados a nada, ignorantes en el manejo y dirección de las rentas; y persuadidos de que éstas deben resarcirles las pérdidas causadas en sus intereses por la guerra, o dejarlos en las manos de los que conocen sus deberes, temen al Gobierno y han manifestado su confianza en él quedándose en el país y presentándose: S. E. no ha debido vacilar y quiere que tampoco vacile V. E. para seguir la misma regla". Y combate encarnizadamente los abusos, ganándose a poco la estima y aprecio de sus gobernados. También debe velar por la seguridad de villas y caminos. En ello su actividad es extraordinaria, y a la cárcel y con grillos, van los que atentan contra las personas y la propiedad. Pero con el disfraz de tropas del rey muchos bandoleros andan por los montes en partidas de guerrilla. Toda su administración será una lucha continua contra el bandido Cisneros que dice tener del rey un despacho de Coronel y quien es zamarro y cruel y rapaz. Curiosamente este individuo goza de ocultas protecciones, hombres para quienes la

patria y sus muertos no cuentan y sí los dineros e influencias que logran obtener con aquellos procederes. Cisneros con el tiempo será un bandido rodeado de cuentos y al que el General Páez utilizará, reconociéndole grados y propiedades.

Pero la marcha de la República, sufre de las fuertes personalidades que ha engendrado y formado en tanto batallar, el sistema legal es todavía confuso. Existen muchas ambiciones y pesa la voluntad de Don Simón Bolívar. Pronto los pequeños libertadores tratarán de hacerse en la patria un predio propio, es decir, ampliarán lo que tenían cuando andaban en guerra y a ello los ayudarán ciertos señores muy prestos en el consejo para disfrutar de sus resultados...

Entre los hechos de la Cosiata, se pierde casi la reacción contra los amigos de Bolívar; sin discriminación, sin pensar en las posibles repercusiones, procedió el general Páez a dejar cesante a quienes podían significarle oposición a sus planes contra el gobierno central. Uno de ellos fue Alcántara. Y desde Caracas, en respuesta a una carta de Páez, Bolívar le dice: "Ud. ha escrito su carta de mal humor y yo respondo la mía del mismo modo. Antes le dije: "Si fueran mis amigos, más de cuatro de ellos no tendrían destinos, como no lo tiene Alcántara y mil otros son amigos míos, pues yo no busco más que la capacidad y honradez y por esta causa me estima todo el mundo, y crea Ud. querido general, que por este medio tiene uno muchos amigos".

En un intento que resultará vano, el Libertador, para salvar la patria y a la paz doméstica indulta a todos los revoltosos, confirma a Páez como Jefe Superior de Venezuela, y a Marino lo hace Intendente y Comandante General de Maturín; también recuerda a los pueblos que la Gran Convención Nacional de la que esperaba tanto, se convocaría de acuerdo al decreto ya publicado. Por complacer a Páez y en un esfuerzo para acabar con el bandidaje de Cisneros, lo indulta y aun le da el grado militar del que éste decía tener despacho español.

Indulto que hace extensivo luego a los jefes de partidas de las montañas de Tamanaco y Guires. También, en vista de que las circunstancias han favorecido a quienes viven a costa del Estado sin prestar servicio alguno y de "que el crecido número de los que gozan de sueldo no deja con qué satisfacer cumplidamente lo que es debido a los que en efecto trabajan", hace cesar el pago a todo empleado que

"no se halle en servicio activo". Y suspende todo sueldo o pensión de gracia que no se origine de invalidez en campaña. Para evitar el descontento por lo que sería injusticia con los oficiales afectados por tal decreto, les reconoce el pago de la tercera parte de su sueldo y el derecho a retirarse hacia donde quisiesen.

Pero sería imposible reunir lo que la ambición, empleando todo medio había ya cortado, en esto de los medios recordemos que el ilustre Doctor Peña, dando un ejemplo no olvidado, pretendió a la manera de Boves, revivir contiendas de castas, pretextando que Bolívar perseguía a Páez y al mismo Peña porque ellos eran pardos... Dentro de aquel confuso movimiento, algo había de posible verdad, aunque limitada, y era aquello de que la constitución boliviana estaba muy por encima de la realidad de los pueblos. Renacían las viejas consignas de la República del año once, dentro de cuyos federalismos, mejor podrían esconderse compadrazgos y malas administraciones. Precisamente esa administración que fue objeto de toda la atención del Libertador mientras estuvo en Caracas. Ya lo hecho por el grupo de hombres que rodeaba al General Páez no podría remediarse y Venezuela caminaría hacia su separación de la creación visionaria de Bolívar. Pero quienes pensaban que las leyes y el gobierno les pertenecería, equivocaban. Apoyaron al general porque éste en su ansia de tener todo el mando estaba pronto para ir en contra Bolívar, contra el Gobierno Central, pero de ninguna manera pensaba ceder la dirección de los pueblos a un grupo del que sabía las miras y también que en él se le menospreciaba. Con lo cual no sería posible a los que rompieron Colombia dirigir por camino seguro y recto el destino patrio. Este sería función de muchos compromisos y pronto Constitución y Leyes serían colchas de retazos. La nación pagaría en tremenda guerra la equivocación de muchos de aquellos señores. Para volver al mismo problema que fue el de todo nuestro siglo XIX si nos limitamos a él. En estas pugnas Alcántara ha permanecido silencioso y sin otra mira que la del cumplimiento de su deber, cierto que no cree en la necesidad de una excesiva permanencia del mismo hombre al frente del estado, pero su lealtad y su despego de la búsqueda de más bienes y de cargos, que para él, ése es el objetivo de muchos quienes se ocultan tras un encendido venezolanismo, lo hacen permanecer sereno a pesar de que ya sobre él se acumula

la mala intención y el pensamiento de que puede favorecer cualquier retorno bolivariano. De pronto y sin que haya delinquido, de manera arbitraria, es preso y sometido a juicio acusado de lenidad en la persecución de aquel faccioso Cisneros a quien Páez ora protege, ora hace perseguir. Un Consejo de Guerra presidido por el General en Jefe Juan Bautista Arismendi y cuyos jueces son los Generales de División Rodríguez del Toro y Lino de Clemente, el de Brigada Juan de Escalona y los Coroneles Avendaño, Stopford y Florencio Luzón, presenciado por el Auditor de Guerra Doctor José Duarte, conoce de la acusación y oye sus descargos y la defensa que hace el Coronel José Gabriel Lugo. Luego de hacer notar la incansable actividad de Alcántara en procura del bien público y en el cumplimiento de su misión, pasó a decir: "y creo que no aventuraré mucho en decir que será la primera vez en que V. E. vea a un oficial de honor privado de su empleo, preso y procesado sin cuerpo de delito". Luego recuerda los servicios del acusado, comenzando: "Aún no existía la patria libre y ya el señor Alcántara le consagraba sus servicios", después de enumerar campañas y combates, dice: "Si a estas heroicas virtudes se agrega el desprendimiento del señor Alcántara a todo ascenso, y su condescendencia a humillarse si el mejor servicio de la patria lo exige, se vendrá en conocimiento pleno de que es un militar poco común, raro y singular". Y sigue más adelante: "Estas relevantes virtudes son las que se quieren oscurecer, E. S. con el único objeto de fabricar sobre la ruina del señor Alcántara, el engrandecimiento de otro con quien jamás puede haber comparación, esta persecución le estaba vaticinada desde que se le confirió la Comandancia principal de los Valles de Aragua"... "La moderación del señor Coronel Alcántara me ha prohibido expresamente explicar más este asunto que las circunstancias le obligan a sofocar en silencio"... Buena era la defensa y bueno el caso. El día 24 de octubre de 1827 el Consejo de Guerra, por unanimidad de votos le declara libre, y repuesto en su empleo.

Vale la pena copiar el voto razonado del General del Toro, pues ya en 1827 se escaseaban los hombres que conocían la historia del país, de manera más completa: Sexto Voto: "No resultando cargo alguno del sumario contra el Coronel Francisco de Paula Alcántara, sin embargo, como los hechos que motivaron el proceso están

calificados, pero no son de la responsabilidad de dicho Coronel, es mi dictamen que así se declare restituyéndole a la posesión de su empleo, sin que este acontecimiento perjudique el buen concepto y honor con que en todas las épocas de nuestra revolución se ha distinguido tan benemérito oficial". Francisco R. del Toro.

También copiamos parte de lo expuesto por el Fiscal Coronel Carlos María Ortega, "Benemérito de la patria en grado heroico y eminente", quien dice: "que he tenido que combatir el fanatismo (me explicaré así) de aquellos que bien por una inteligencia voluntaria, bien por dejarse conducir por una ciega y bárbara rutina, han creído que fiscal y acusador indispensable son sinónimos y que la gloria del primero consiste en sacar delincuente a quien no lo es", terminó su exposición, "pidiendo que el señor Coronel Francisco de Paula Alcántara quede absuelto de los cargos que se le han hecho".

El 2 de octubre de 1827, Bolívar firma el despacho de General de brigada al que Páez deberá poner el "Cúmplase" en 11 de diciembre.

Poco tiempo quedará el General en su cargo pues ya se viene la agonía de Colombia y prevé males sin cuento, por ello se retira a un monte de su cafetal, lejos de la envidia de los hombres". Debe velar por una numerosa familia y administrar con prudencia los poquísimos dineros de que dispone. Pues de los sueldos atrasados que son más de 10.000 pesos, sólo tomó, y ello tras mil enojos y por el motivo arriba dicho, 3.000. El resto nunca se le pagará. Contrasta este hecho con la premura que hubo en satisfacer a las tropas llaneras, justificado por la oferta que Páez les hiciera para traerlas a las filas republicanas de repartirles bienes realistas, método similar al empleado por Boves y que era el más alcance de aquellos jinetes, muchos de los cuales hicieron patria para cuidar sus intereses, afán por cierto no privativo de ellos solos...Contrasta con la cesión de la hacienda "Trapichito" en el mismo año de 21 al Coronel Cornelio Muñoz, el mismo Coronel a quien Páez escribe en el año de 26: "Mi querido Compadre. El velo se ha corrido. El General Bolívar después de las protestaciones más sinceras de amistad y del deseo de salvar la patria, viene con el puñal en la mano".

Vive pues Alcántara una digna pobreza, y mucho más adelante indignado con las especulaciones hechas con los bonos que el estado emitiera para el pago de las

viejas acreencias reclama con palabras muy tuertes sus derechos, obteniendo que la Cámara del Senado los reconozca y no así la de Diputados donde privan algunos de sus enemigos. De esa familia su hijo Manuel morirá en la jerarquía de General al tropezar con otra bala en el asalto a San Sebastián el año de 1870, José Tomás, debido a las privaciones de la guerra enfermó y perdió la razón. Ramón, se doctoró en leyes, fue de los representantes del 24 de enero, y herido de bayoneta, alcanzó no se sabe cómo, los techos de este procero edificio, de donde manos amigas lo sacaron por el vecino templo. Sería luego constituyente de la Federación. Francisco Linares sirve con su padre quien le hace recorrer toda la escala militar comenzando de soldado, en el que recibe directamente el recuerdo venerable de la memoria de Rivas Dávila y afortunadamente, ya en el ejercicio de la primera magistratura, puede el Gran Demócrata hacer un acto, que combina la justicia con el culto al noble Jefe merideño. En efecto, reintegra a la Universidad de Mérida los beneficios que el General Guzmán le quitara, ello movido por el deseo de corregir una acción injusta y también por el afán de dar en nombre de la patria, algo a la ciudad que diera a Venezuela tan extraordinario hijo. José Gregorio llega al generalato, es Primer designado a la Presidencia y en La Victoria en magnífica batalla lleva derrotada a la reacción guzmancista cuando la traición del General Apolinar Herrera le obligó a entregar la Plaza. Tendríamos por ello un Director Supremo. Es de notar que en ese sitio, se oyó, por vez primera en Venezuela el sonido de las armas que pusieron fin a las cabalgatas heroicas.

Llega el año de 30. Para nosotros es explicable la reacción contra el Libertador pero no entendemos los ataques a su nombre y a su gloria, algunos verdaderamente inmundos, hijos de la pasión más sectaria. Llegó el momento en el que pronunciar su nombre sería considerado punible y crimen contra el estado el darle vivas. Por curioso y hasta divertido a nuestros ojos de hoy que no vemos ni peligro ni odiosidades, vamos a leer unos párrafos del informe hecho con motivo de una "Averiguación" en Maiquetía, en el mes de julio de 1830.

"... Fue presentado en este tribunal el señor Telésforo García de este vecindario y dijo: se hallaba en su casa con su familia, oyó un gran escándalo en la del señor

Ramón Alcántara¹ también de este vecindario, y que habiendo salido el declarante con el objeto de contenerlo, según la amistad que tienen se dirigió a la casa del dicho Alcántara y se introdujo en ella con el fin indicado; pero habiendo observado que Alcántara peleaba adentro con su mujer y le gritaba di "viva Bolívar" la que repitió por muchas ocasiones, el declarante por no mezclarse en asuntos tan peligrosos en el día, se salió de la casa de Alcántara"... Luego, sigue el informe, el declarante encontró al señor Julián Vera y le instó a pasar a la casa de Alcántara para "ver si por este medio y sus respetos podemos contener aquel escándalo que tiene Alcántara que puede tener fatales resultados por ser asuntos delicados al Gobierno". La invitación terminó en gran pleito y el Corregidor ordenó "que en vista de la trascendencia que ella presenta y a las desviadas opiniones que se observan contra la tranquilidad pública y del sistema actual del Gobierno de Venezuela, igualmente para impedir un movimiento en el cual pueden tomar cuerpo nuevas revoluciones, mando se instruye información sumaria".

La información se siguió y se encontró que algunos vecinos de Maiquetía habían salido a bañarse y almorzar y con la idea de "tirar un venado" frente a la casa de campo del señor Monteverde y que algunos testigos oyeron al señor Julián Vera decir: "viva el dulce nombre" y que se había hecho un tiro de carabina. También salió a relucir que el interés del declarante era destacoñar un toro para hacerlo jugar... Y que Vera decía que su dinero lo gastaba en lo que le daba la gana. No se tomó declaración a un muchacho de diez años que pasaba frente al sitio del almuerzo campestre y oyó los gritos prohibidos, por eso, ser de diez años, pero sí a uno de diecisiete. También apareció que se habían visto unos letreros que "decían en grandes letras VIVA BOLÍVAR "con otras insolencias" que sin duda su autor es desafecto". De inmediato los señores Ochoa y Alcántara pasaron a las bóvedas de La Guaira, mientras se libraba orden de asegurarse de las personas de Vera y Álvarez quienes fueron los acusados por el testigo García. En total, el tribunal luego de mucho averiguar dictaminó: "que se hallaban fuera de su juicio por exceso de licor y que por autoridad de la ley se declara deben ser absueltos de este procedimiento los indicados, mediante a que queda suficientemente castigada

¹ No tiene parentesco directo con el General. Por similitud de apellido puede suponerse.

su imprudencia con la prisión que han sufrido y con la condenación de costas que se le impone de mancomún e insolidum. Cansélese la fianza que hayan otorgado aquellos y líbrese oficio al Comandante de Armas de La Guaira para que supervigile sobre la conducta de dichos individuos y disponga que satisfagan las costas". Estas, muy bien enumeradas alcanzaron la respetable suma de 382 reales de los cuales el señor Coronel y Comandante Gabriel Lugo tomará 40 reales por alojamiento en el castillo de las bóvedas.

En octubre de 1830 se comprende al General entre los desafectos y se ordena su expulsión del país, produce entonces un hermoso y digno alegato en el cual examina la situación del país, la propia y expresa que "la justa causa de Venezuela es su propia causa" y asienta que Bolívar ha dejado de gobernar legalmente. Vale la pena copiar algunos párrafos: "Siempre obediente a las leyes y a las disposiciones del Gobierno, estoy pronto a pasar por el sacrificio de un destierro, si él es necesario a la salud de la Patria"... "Y el que abriga en su corazón estos sagrados principios el que no ha trabajado ni combatido sino por la Libertad de su Patria; el que desde el diez y nueve de abril, no pisa otro suelo que el que ganaban las armas de la Libertad; el que tiene en esta Patria su hogar, una madre anciana, una esposa y unos hijos queridos; el que está siempre dispuesto a sacrificarle su propia vida; pasará por la infamia de un destierro, como el enemigo de estos caros objetos. ¿Morirá en otro lugar que en su Patria? La miseria y la muerte, son nada para un alma libre, si la infamia no cubre su memoria... "Así es Excmo. Señor, que yo veo en este orden un juicio equivocado, o un efecto de venganza de un enemigo secreto, que ha podido por un momento sorprender el Patriotismo y la rectitud del Consejo encargado de esta medida de salud pública". Luego dice: "Estoy efectivamente enfermo, y aun cuándo no lo estuviere no debo dejar el país sino por sentencia pronunciada por Tribunal competente, después de haberseme seguido un juicio en la forma y por los trámites que las leyes previenen". Cúmplase la Constitución, y yo sufriré resignado la expulsión y cualquiera otra pena que se me imponga. Quiero decir que se me juzgue conforme a las leyes y se me forme el proceso correspondiente, y que se pronuncie la sentencia por un Tribunal de Justicia. Entonces me verá V. S. el más humilde de los hombres, el más sometido a

sus órdenes, y el más pronto a ejecutarlas. Si no es así, me opongo a las que acuerden por vías extraordinarias, y sólo la fuerza me llevará arrastrando al embarcadero para dejar un país por cuya libertad he trabajado aun desde antes del 19 de abril de 1810, sin abandonar nunca el suelo que me vio nacer". "Es muy sensible Señor, ver que un venezolano que ha sacrificado su juventud y su sangre en servicio de la patria salga de ella por sólo simples sospechas, y que al mismo tiempo entre a gozar de los derechos que le corresponden, un europeo que ha sacrificado millares de nuestros compatriotas. Esto espanta y exaspera a todo hombre sensible".

En definitiva no fue expulsado, aquellos viejos próceres que todavía chorreaban la sangre de la guerra a muerte, habían adquirido la conciencia de la propia dignidad y con ella el respeto de la dignidad ajena. Todavía la prisión era para los enemigos del estado y mucho menos para los propios, la tortura a la que tanto se expusieron, no había entrado a ser medio corriente de averiguar todo lo que se quiere obtener de quien se somete a tal bajeza ni se utilizaba el poder para complacer caprichos pasando por encima del interés de la República.

Notemos que en el alegato expresa una ideología que concibe el imperio del estado de derecho; "que recaiga una sentencia conforme a las leyes y a través del debido proceso legal" para cumplir lo que ella disponga, y no aceptar por imposición una decisión autocrática, violatoria de las leyes. Todo esto demuestra que los hombres que formaron la Patria, hechos en el combate, conocían no sólo el derecho de la fuerza sino que sus esfuerzos habían sido para someterse y acatar el imperio de la ley, de una ley que legislara en justicia para todos.

A poco pidió, presentando la certificación legal, firmada por Arismendi, por Soublette y por el Coronel Juan Padrón, letras de Cuartel sea el pase al retiro, que se le concede.

LAS REFORMAS. BOLÍVAR VUELVE

A CARACAS. TRANSITO

(1830-1848)

Arriba el año de 1835, Venezuela ha venido marchando dentro de las contradicciones más lamentables y curiosas. Hubo sublevaciones para reconstruir a Colombia, pero "sin el influjo de BOLÍVAR", otros perseguían volver al más puro federalismo. Y los más no tenían idea más clara que la de ir contra el Gobierno en la idea de sustituirlo "para mejorar República".

Pero, terminado el gobierno del General Páez, tras de mucha polémica, ganó las elecciones el Doctor Vargas, contra las candidaturas viables unas, teóricas quizás las otras, de Marino, Salom, Urbaneja, Heres y Soublette. Concretada la elección, por 43 votos había quedado electo el Doctor José María Vargas, a quien sus opositores tildaban de Monárquico", le objetaban que no tenía sus bienes en Venezuela sino tierra enemiga y que había abandonado la República, para huir de las lanzas de Boves. De Mariño, quien alcanzó una alta votación, se dijeron también verdades y sandeces.

La nominación de Vargas fue saludada, sin embargo, con entusiasmo y se vio en ella la afirmación del pueblo en el ejercicio de sus derechos soberanos. Esperaban todos un gobierno de concordia y de libertad. Ciertamente que algunos encontraban el carácter del nuevo Presidente "inadecuado" debido a las circunstancias que vivía Venezuela, en la que numerosos individuos y de los más conspicuos servidores suyos querían se modificasen la Constitución y leyes. Y otros temían que la verdadera autoridad quedase en las manos del General Páez, alrededor de quien se estaban agrupando y aumentando continuamente, muchos ciudadanos quienes querían construir alrededor de su maciza figura y aprovechando su enorme prestigio y su capacidad militar, un grupo de gobierno. Que por no existir otro organizado, según ellos, podría eternizarse en el poder.

Marino, durante la elección, quedó como único rival con posibilidades frente a Vargas y cosa que tendrá que ver mucho en muy próximas revueltas, por combatir a Páez y cobrarle antiguas cuentas, algunos ilustres bolivarianos, olvidando las de

Marino, se le sumaron. Desgraciadamente para el Libertador de Oriente, también vendrían a su lado hombres cuya sola presencia desacreditaría todo aquello por actuarse, pues a ciencia de Marino, se perseguía el fin de irrespetar la voluntad popular para obtener lo que llamaban "reformas" o sea la revisión de la Constitución y del ordenamiento resultante. Debemos añadir que para el momento las diferencias entre Páez y Marino, los resentimientos acumulados, llegaron a ser tantos como para que decidiesen un día resolverlos en una partida de honor. Duelo a espada del que fue padrino Alcántara, por sucederse en Aragua. Y que terminara cuando el General Páez recibió un golpe. Este lance que no era contrario a lo acostumbrado en la época, ha sido puesto en duda debido al golpe que fue sobre la pierna. Al que el ilustre Doctor Parra Pérez encuentra poco caballeresco y no cónsono con las habilidades esgrimísticas de Mariño.

Pero sin desmedro de las de Páez, recordemos que todavía en años muy difíciles para la instrucción del hombre de armas, se hablaba en los cuarteles de una "esgrima a la criolla", en la cual todo el frente del cuerpo, desde la cabeza a los pies, era superficie válida y que el arma que se empleaba era la espada de doble filo y punta, parte de que cabe también en las especulaciones el que hayan concertado lo que llaman los tratadistas una partida de honor excepcional, en la cual la manera de batirse depende de convenios personales. El duelo si lo hubo, por tratarse de personajes tan importantes debió conocerse por más de una persona, ésta es la objeción más seria. Sólo lo ha relatado el General Landaeta Rosales. Además, el doctor Parra Pérez bien razona al extrañar que se recuerde a un solo testigo. El mismo Alcántara por su manifiesta animosidad contra Páez hubiera rehusado a ser solo testigo» pues muerto uno de los dos Generales en Jefe, no hubiese sido cómoda su situación, hubiese podido ser acusado de complicidad en un asesinato. Bien, la oposición entre estos dos hombres que querían para sí el mando, la ambición de Marino, eterno aspirante insatisfecho, se iba a descargar contra el gobierno de un hombre bueno y que seguramente conocía su delicada situación, mas tenía la confianza en las propias capacidades y virtudes y algo en las que suponía en algunos. Esto debe ser cierto, porque cuando llegaron los momentos más difíciles, de inmediato tomó la medida que tanta trascendencia

tendría para el futuro de Venezuela y de los venezolanos. Confiar a Páez la tarea de restablecer el ordenamiento constitucional.

Lo que ambicionaban la mayoría de los partidarios de Marino en las llamadas reformas era que se enmendase la Constitución, pues algunos de sus mandatos les parecían en exceso inconvenientes, pero, quizás inconvenientes porque otros los consideraban liberales... Podría admitirse y era un derecho, el afán de reformas, pero nunca y de ninguna manera el método que vinieron en emplear y atentatorio contra aquel mismo derecho...

El 14 de julio de 1835 los reformistas de Caracas luego de expulsar al Presidente y al Vicepresidente de la República, convocaron una asamblea en la que eligieron para dirigir interinamente el país al General José Antonio Páez y por Jefe Militar al General Marino.

Ello obedecía a la absurda iniciativa de algunos quienes habían pretendido un entendimiento entre ambos Jefes, sin detenerse a considerar que Páez no tenía el menor interés en compartir mandos con Marino, y que ahora esperaban con tal acuerdo, que el héroe de la Cosiata aceptase por pronunciamiento lo que antes se le había ofrecido zalameramente y que se le quería dar, pero con Marino al mando de la Fuerza Armada, sobre la cual Páez tenía sus personales ideas. Páez quien fuera el firme apoyo del Doctor Vargas durante el período electoral, se retiró a su hato de San Pablo y las mayorías veían en el general lancero, la fuerza que mantenía el poder legal.

El Gobierno Constitucional envióle comisionados y según su autobiografía, "no vacilé, pues, en velar en defensa de la Constitución".

Reunidos sus parciales que alcanzaron a unos doscientos hombres, publicó una proclama en la cual, entre otras cosas afirmaba: "si se desea la reforma de la Constitución, ella establece los medios de obtenerla... He descolgado mi espada con la esperanza de no emplearla contra mis compatriotas. Los que se han comprometido serán dóciles a la voz de la razón, y no llenarán de aflicción una patria que nos pide con instancia orden, quietud y paz".

Al llegar a Maracay, con sus tropas aumentadas con algunos voluntarios de

Ortiz, Villa de Cura, etc., rindió al Coronel Valentín García. Sumaba en total unos 300 hombres aguerridos. El paso de Caracas lo cerraba el General Alcántara con unos 400 hombres.

Páez, quien ya había, en lo político, tomado la decisión trascendental de no aceptar mandato del grupo revolucionario y sí luchar por el restablecimiento de la Constitucionalidad, toma entonces la que le hará triunfar. En lugar de marchar sobre Alcántara quien se movió hacia La Victoria y a sabiendas de la imposibilidad de convencerlo con menores fuerzas, prefiere marchar sobre Valencia, en la que contaba con muchos partidarios y donde esperaba convencer al General José Laurencio Silva, Jefe del partido reformista en armas. Entrevistáronse los dos próceres y Silva rápidamente se pasó al partido legal con lo que los reformistas recibieron un golpe del cual no se recuperarían. Páez dio a Silva palabras de garantías para todos los comprometidos que se sometiesen sin lucha y también le ofreció que se harían las reformas legales. Ofertas confirmadas luego por decreto, en nombre propio y del Gobierno. Por lo demás, ellas no se cumplirían, acumulándose así material para persecuciones, injusticias, fusilamientos inicuos y sobre todo para lanzar a Venezuela por el camino de la guerra civil que el mismo Páez al ir contra Bolívar, abriera.

Ya en fuerzas, pues se aumentó con las tropas de Silva y acompañado por éste, cuya influencia entre el grupo militar era muy grande por la doble razón de su personal valor y de ser miembro de la familia de Bolívar, siguió Páez contra Alcántara, pero éste retrocedió sobre la vía de Caracas y sólo vino ser alcanzado en Las Lajas por tropas del Coronel Codazzi. Páez asistido por Silva convenció a Alcántara, quien veía muy de cerca el apoyo que ellos tenían, para que aceptase las mismas ofertas hechas a Silva. Sucede entonces un hecho que el Doctor Parra Pérez calificó de burlesco. Páez abraza a Alcántara, su enemigo y ambos acompañados por Silva, oficiales y tropas se arrodillan para dar gracias al cielo, el Doctor Parra dice que por "haber salvado una vez más a la patria y con esto al gobierno constituido", pero debe de añadirse que Páez escribió que rogaron además por "habernos librado del horrible trance de regar la sangre de hermanos".

Páez con Silva y Alcántara entró a la capital que Marino decidí no defender, el 27 de julio de 1835 y el Jefe llanero a partir del 2 convocó a los miembros del Consejo de Gobierno para que vinieran "a desempeñar sus deberes y continuar en el ejercicio de sus funciones de que fueron separados por la fuerza que ejerció la guarnición militar contra su propio Gobierno el aciago 8 de julio del corriente".

Páez al tomar el partido por la Ley ciertamente merece todos los elogios que en su honor se dijieran. Pero poco se ha dicho de una consecuencia de tal acto, por ser tan evidente como para que se oculte, y es que Páez en su hato de San Pablo, al pronunciarse delante de los comisionados, aseguró para todos y cada una de los venezolanos, sin distinciones que no provengan de la Ley, su derecho a ser electos y poder desempeñar el cargo de Presidente de Venezuela. Páez es el fundador del Poder Civil.

Alcántara había tomado parte en la revuelta de reformas, movido en gran parte por su "antipaecismo", que no le dejó ver la trampa en la que casi cae la República, y también por ciertos maltratos, al que ya nos referimos, o que él consideró tal, que le hiciera la Cámara de Representantes cuando la del Senado le había acordado la gracia solicitada.

Nada lo excusa ni aun el hecho de contarse entre los partidarios de reformas 14 Generales, de aquellos que hicieron Patria, ni centenares de viejos próceres entre ellos algunos civiles de brillantes ejecutorias. La Patria no puede ser juguete del capricho ni botín de grupo, por más que se pretenda conducirla mejor que quien haya sido electo. La lección de Páez se perdería dentro de tantas revueltas y es ahora cuando estamos viendo su luz.

Alcántara regresó a los Valles de Aragua y no volvería al pronunciamiento. Los gobiernos sucesivos utilizarían sus servicios ya que su influencia recia.

En esos años se sitúa una anécdota muy publicada y conocida, que Rabelais hubiera encontrado fina y según la cual, en un período de luchas sordas, el Gobierno Central le comisionó que vigilara las actividades del General Páez y avisara de inmediato para tomar las medidas correspondientes. Alcántara comunicó al Gobierno los movimientos de Páez en forma incesante y premurosa; el Gobierno le contestaba: "Deje obrar al General Páez". "Siga comunicando". Finalmente, Páez

se alzó y prendió a Alcántara quien antes de entrar en prisiones, pidió autorización a Páez para dirigir un último comunicado al Gobierno. Autorizado, envió los siguiente: "Señor Ministro. De acuerdo con las instrucciones recibidas, tanto he dejado "obrar" al Señor General Páez, que en este momento lo hace en la persona de este servidor que besa sus manos"... Claro, ello no pasa de lo anecdótico.

El 30 de abril de 1842, el Congreso de la República decreta honores al Libertador reconociéndolo cual "ilustre hijo y blasón de Caracas" y en el decreto, en su artículo 1º, decía: "Venezuela se honra de aclamar al Libertador Simón Bolívar con los títulos de honor y gloria decretados por Venezuela y Colombia".

Al fin, luego de 12 años de calumnias y silencio, resplandecían las glorias del más grande de los venezolanos.

Y por el mismo decreto se disponía el traslado de sus cenizas "con el decoro propio" a esta capital... Qué contraste con el escrito por el Doctor Vargas al General José Laurencio Silva el año de 1831: "Más juzgo que Ud. y los dos otros señores Albaceas pensarán como yo, que no es este el tiempo de hacer su traslación en medio de la exaltación de algunas pasiones inexorables, y en el conflicto de los partidos. No temo el ultraje de sus cenizas, ellas mismas imponen respeto, pero sí, que no sean honradas como merecían".

Envío el Gobierno una comisión a Santa Marta para el traslado, al que se dio toda solemnidad posible.

Para recibir los restos y acompañarlos, se invitó a los antiguos Jefes y Oficiales, a los amigos del Libertador, a sus grandes colaboradores civiles... Pero a los expulsados del 1836 para quienes "la generosidad y la clemencia del Gobierno, según González Guñan, "se iban administrando en dosis homeopáticas", no hubo invitación particular, que el odio político macharía, silenciado por las músicas fúnebres al lado de los huesos de quien deseara que "cesen los partidos"...

Y pobres huesos, el Doctor Vargas encontró "el esqueleto cabal", pero "los más de los huesos por efectos de la humedad y la muy impropia operación de conservación inmediatamente después de la muerte, "negros y decaídos hasta el grado de delezarse entre los dedos"...

Tras los restos de quien los llevara por toda América, todos sus Generales, cual

representantes de los Ejércitos, que gracias a su Genio implantaran la Libertad.

Viste Alcántara su viejo uniforme por penúltima vez, al cuello la cinta con la medalla que representa al grande hombre. El brazo izquierdo anquilosado apenas puede sostener la espada... Va cerca del Jefe con quien defendiera Valencia. Al lado de quienes por llano y serranía siguieron ese amarillo, azul y rojo que vio en las manos de los hijos José María España y que, más que cubrir parecen nacer del ataúd donde en busca de reposo definitivo pasa por las calles de Caracas Su Excelencia el Libertador.

Sepultados los restos en la Capilla ancestral, Venezuela los olvidaría para volver a los disturbios civiles.

Los últimos años de la vida de Alcántara se señalan por dos hechos de grande importancia. Alzado Don Ezequiel Zamora, sus enemigos le acusaron del asesinato del Señor Andrés Fuentes. Alcántara como Jefe de Operaciones en Aragua, certificó la confesión que le hiciera el famoso José de Jesús González, muy conocido con el apodo de "Agachado" y por las habilidades que se le atribuían contra las propiedades, tantas que llegó a reposar en el Panteón Nacional. En la confesión quedaba exonerado Zamora del crimen con el que sus enemigos pretendían hundirle y sobre todo, hacerle condenar a muerte. Pero los jueces no aceptaron el documento pues no estaba dentro de la política que el Gobierno practicaba en el momento de disminuir las pretendidas responsabilidades del futuro gran Jefe Liberal. Al contrario, el grupo detentor del Poder, obcecado y ciego, pretendía deformar y presentar ante los pueblos como malhechores a sus enemigos políticos, ignorando que éstos encarnaban la causa de las mayorías y que por aquel camino meterían al país dentro de tremenda guerra. Desecharon también toda idea de conciliación, la pena de muerte sirvió no para eliminar el elemento nocivo a la sociedad e irrecuperable, sino cual instrumento de represalia. Día hubo en que la Corte Suprema de Caracas confirmara siete sentencias de muerte. Una de las garantías que a los Constituyentes de la Federación debemos, es la de la inviolabilidad de la vida. Toda muerte sucedida luego y autorizada por Consejos de Guerra en uso de facultades que acordaran leyes Posteriores lo fueron violando el espíritu de los legisladores federales... También fue rechazado un testimonio sobre

la probidad de Zamora que firmara el Coronel Guerrero. Al respecto de estos dos testimonios escribe Don Laureano Villanueva: "Tales proceder de Alcántara y Guerrero son muestras de raro, seguro juicio, y de acendrada probidad; pues lejos de prestarse a calumniar a un adversario vencido, como suelen hacerlo aquellos a quienes enloquecen y degradan las pasiones de partido, nos han dejado la austera enseñanza de que toda política será inmoral, no respete la verdad, la justicia natural y los fueros sacratísimos del hombre".

En el mismo alzamiento de Zamora el gobierno entró en sospechas, muy luego confirmadas de que antes faccioso Cisneros ahora Coronel de la República por la gracia de Páez, no había cumplido con su cometido y más, que andaba en entendimiento con los alzados, pero Páez quiso guardarle consideraciones quién sabe por cuáles causas y mandó quitarle el mando de las tropas porque "hallándose informado de Ud. padece de algunas indisposiciones, si esto es cierto, puede Ud. encargarse del mando de la columna al Capitán Viera y venir a este Cuartel General", etc. Cisneros no quiso aceptar, más bien pidió retiro para él junto con toda su fuerza y como no quiso presentarse al Cuartel General, se le redujo a prisión mediante trampa según algunos.

El 13 de diciembre de 1846 fue acordado Consejo de Guerra para el Coronel Dionisio Cisneros, presidido por el General Francisco de Paula Alcántara y por vocales los Coroneles Juan Uzlar, Manuel Cala y Miguel Arismendi, los Comandantes o Coroneles graduados, Miguel Zárraga, Antonio Ascanio y Juan D'Sola. El fiscal era el Capitán de Ingenieros Olegario Meneses y Defensor lo fue el Comandante Juan B. Rodríguez; el día 29 de diciembre del mismo año, luego de asistir a la Misa del Espíritu Santo, el Consejo, después de oída "la relación del proceso, la defensa del Procurador y la conclusión del Fiscal", por unanimidad de votos, condenó al reo a ser pasado por las armas, previa degradación, por habersele encontrado culpable de "inobediencia, sedición y expoliación". El 8 de enero de 1847 la Corte Suprema Marcial, compuesta por los doctores Narvarte, Juan Martínez, Vicente del Castillo y Joaquín Botón y de los Generales Mariano Montilla y José María Carreño la aprobó y pasó al Ejecutivo por si éste encontraba conveniente ejercer su derecho de conmutación. El 9 fue devuelta para que siguiese

la ejecución, pues no se encontraron razones para conmutarla. El 13 de enero de 1847 fue ejecutado en la plaza de Villa de Cura. En la orden general del mismo 13, se dijo, entre otras cosas lo siguiente: "El reo ha gozado de toda la protección que conceden las mismas fórmulas (se refiere a las legales) pero al fin la ley lo condenó a la pena de último suplicio: ella lo habría salvado si sus crímenes no se hubieran plenamente comprobado, y su propia conciencia convencido". Cisneros se había negado a declarar por lo cual algunos historiadores escriben que estaba convencido de que se le iba a condenar y también escriben que se le cobraron más los delitos cometidos cuando como "tenaz y salvaje guerrillero realista" (González Guiñan) los amparaba con la bandera real.

El 20 de febrero de 1848 pierde el General su último combate, el combate que todos debemos perder, muere víctima de las fatigas y de las consecuencias de sus heridas que habían hecho dolorosos sus postreros días.

El 22 de febrero el Señor Felipe Bigott dirigió el siguiente oficio al Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina: "Ayer ha fallecido en esta ciudad el Señor Francisco de Paula Alcántara, General de Brigada de los ejércitos de la República: lo que paso por el sentimiento de comunicar a V. S."

Al margen la burocracia anotaría: Enterado, dése de baja al General Alcántara en los registros de la Secretaría. Comuníquese a la Tesorería General. Se dio de baja en Secretaría y se publicó en la gaceta número 935.

Había terminado sus servicios un Oficial de los Ejércitos Libertadores.

Era Alcántara, a nuestro juicio, tipo representativo de los buenos Oficiales de su tiempo. Viene a filas sin ninguna instrucción militar y la adquiere, a fuerza de contrastes, en la más bella escuela, la de la guerra misma.

Es Oficial de Dragones, de aquella caballería que comenzaba a combinar el fuego, puesto que se batía a pie o a caballo, al arma blanca o con sus carabinas. Pero recordemos que ha estado también en las filas de los jinetes de Sedeño (antiguo Dragón), lo que prueba que podía servir ya en la caballería de línea tanto como en los cuadros de la caballería ligera llanera que trajo a las armas libertadoras glorias y triunfo.

No alcanzó a mandar más allá de una Brigada en propiedad, ello en plenas operaciones y dentro de sus efectivos batallanos y Jefes de mucho lustre. Lo cual hace pensar que el Libertador le veía aptitudes para el generalato, para el generalato que hace campaña. Como tantos otros dignos Jefes, cuando le toca desempeñar cargos administrativos, se desenvuelve con honestidad y grande eficacia. Hombre nacido del pueblo le era fácil tocar el corazón de los pueblos. Se vino a filas con la pasión característica de los hombres de su tiempo, para ello abandonó familias (se había casado en 1804) y las comodidades que su pequeño peculio hubiese podido proporcionarle.

Es hombre al que las dignidades ni atraen ni asustan.

Republicano de los que formara don José Félix Ribas con su prédica y con su ejemplo. Ello le hará chocar con algunos aspirantes a beneficios sin merecerlos.

Fue hombre afable, de buen trato, en exceso bondadoso pero que cuidaba mucho su propia autoridad hasta hacerse temible e incómodo si se quería disminuirla. Su desprendimiento era extraordinario y al final de su vida debe trabajar con gran sacrificio su pequeño fundo para asegurar alimento y educación a los suyos. Llega a la más alta jerarquía porque se reconocen sus cualidades luego de un juicio al que lo empujara el odio político. De sus labores agrícolas lo sacará constantemente la voluntad de los Gobiernos, para el desempeño de comisiones de pacificación o de mediación, porque muy pronto gozó de extraordinario prestigio entre sus vecinos. En fin, fue buen amigo y mejor venezolano.

Es ésta, Señoras y Señores, muy a la ligera, la vida de un hombre al que la envidia jamás perdonará que hubiese amado más la idea de Independencia que a la propia persona. Que dio su justo valor a los bienes materiales, y que por sobre los diferendos políticos respetara la gloria de Simón Bolívar.